

PAUL VALÉRY

MONSIEUR TESTE



Edición, traducción y notas:
MANUEL MARTÍNEZ FOREGA

PAUL VALÉRY

Monsieur Teste

Edición, traducción, introducción y notas de
Manuel Martínez Forega



<http://www.bibliotecavirtualaceb.org/>

- © Paul Valéry.
- © Manuel Martínez Forega, 1998.
- © Asociación Cultural La Baragaña. (De esta edición)
- © Dibujo de portada: Iris Lázaro.
- Monsieur Teste, segunda edición.
- Primera edición: Lola Editorial, 1998.

Esta edición, por ser gratuita, no precisa de ISBN o Depósito Legal. La versión 1.0 del documento ha sido finalizada el día 3 de febrero de 2021. Quizá se puede obtener una copia en distintos formatos o una versión más reciente en la web de: Biblioteca virtual ACEB. Para cualquier consulta puede enviar un correo electrónico a: contacto@bibliotecavirtualaceb.org

El presente libro puede ser descargado total o parcialmente en cualquier tipo de plataforma de lectura para uso personal e individual. Para ser publicado en papel o en cualquier otra biblioteca virtual, blog, página web o similares deberá contar con la autorización expresa del autor. La autoría de la obra está protegida por Copyright.

INTRODUCCIÓN

Monsieur Teste constituye, junto a *Introduction à la Méthode de Léonard de Vinci*, las *Variétés*, *Mon Faust*, *Narcisse* o *l’Idée fixe*, verbi gratia, un texto básico para desentrañar el pensamiento y la estética de Paul Valéry, no sólo en lo que se refiere a su obsesiva preocupación por el Yo¹. Con 18 años, Valéry ya había titulado «Moi» una breve biografía moral (en *Lettres à quelques-uns*, Paris, Gallimard, 1952), agudizada durante el último quinquenio del XIX, sino también para desvelar el ideario que más tarde desarrollará en su obra poética mayor.

En el transcurso de una meditación sobre Leonardo² da Valéry esta definición del filósofo:

Nuestro filósofo no puede resignarse a no absorber en su luz propia todas las realidades a las que querría asimilar la suya, o bien reducir en posibilidades que le pertenezcan. Quiere comprender; quiere comprenderlas con toda la fuerza de la palabra.

Y:

Vraiment l’existence des autres est toujours inquiétant pour l’esplendide egotisme d’un penseur.

(1) Claude Edmonde Magny, en «La participación del diablo en la literatura contemporánea» (AA.VV., *Lo demoníaco*, Caracas, Monte Ávila, 1970, págs.181-237) señala que «Tanto en sus ironías, como en el culto que rinde a Mallarmé o a Leonardo, [Valéry] nunca logra llegar más que a sí mismo. Su soledad es, intelectualmente, la de Narciso.» (Pág. 188).

(2) En *Variété III*, Paris, Gallimard, 1936, pág. 138.

El objetivo de Monsieur Teste no se encuentra muy lejos de un intento por perfilar a ese filósofo. En su anorexia expresiva o por utilizar las palabras de Karel Teige— «precisión abstracta», Valéry descubre y nos descubre en Teste su propio monstruo: devorado por el secreto deseo de ser Dios, no puede soportar que exista algo que no sea él, y atribuye a los otros sus propios celos (el innombrado interlocutor de Teste es, efectivamente, en su aparente penetración, un desecho intelectual, paradigma de la admiración idólatra del talento, claro que del talento de Teste; Madame Teste, ¿qué es sino el envés armónico de la esclavitud sujeta a la cadena de la inteligencia?) Hay en Monsieur Teste notables dosis de satanismo; aunque Valéry no lo afronta directamente, de forma tangencial, en cambio, esa inquietud, como un remordimiento, obsesiona a esta obra fundada en el horror de no ser única³. A través de pánico semejante realiza la exégesis de Stendhal, a quien dedica un completo ensayo⁴, y a través de ese horror podemos interpretar a *Semíramis*⁵ (para cuyo melodrama escribió Honegger la música), la cual se nos presenta como asesina de su amante en defensa de su propia singularidad; es decir, para que no exista su igual. Es también el mismo pavor el que sirve de principio para la creación divina y sus diferentes anomalías e inspira *Le cimetière marin*⁶. Este horror, complemento axiomático de quien o de lo que lo produce, no deja de tener un estrecho vínculo con el mito. La automitificación de Valéry sigue un proceso cuyo objetivo final es llegar a ser UNO («Peut-on composer un UN de tous ces moments et mouvements?») a través de diversas paradas reflexivas que en nuestro

(3) De hecho, se responde a sí mismo: «no es otra cosa que el demonio de la posibilidad» (por ello «Monsieur Teste es imposible»).

(4) *Variété II*, Paris, Gallimard, 1929.

(5) Paris, Gallimard, 1934.

(6) Paris, Gallimard, 1922 y 1933.

autor fijan los nombres de Vinci, Narciso (y *Narcisse*), Fausto... e incluso —o necesariamente— Descartes, figuras míticas todas, aunque de rúbricas diferentes: unas heredadas de un fondo literario y, en consecuencia, nacidas de rasgos estructurales predeterminados (Fausto, Narciso); otras convertidas deliberadamente en mitos a partir de préstamos históricos (Leonardo, Descartes, Mallarmé, Goethe) y, por fin, la enteramente valeryniana: Teste. Cualquiera que sea el pretexto⁷, la finalidad es la misma: ser Él (Valéry) por encima de todo y de todos. Esta especie de «monstruo» («cabeza» y «testigo» en su doble acepción latina [=testis] con la que juega Valéry) constituye, desde el tratamiento valeryniano del concepto de mito, el resultado de la escritura como actividad creadora, la cual, por la naturaleza misma del lenguaje y por el uso que de él se hace, construye quimeras:

La parole est ce moyen de se multiplier dans le néant [...] Tout notre langage est composé de petits songes (...) On ne peut même en parler sans mythifier encore, et ne fais-je point dans cet instant le mythe du mythe pour répondre au caprice d'un mythe? Oui, je ne sais que faire pour sortir de ce qui n'est pas [...] tant la parole nous peuple et peuple tout.⁸

(7) Valéry no concebía el mito en su acepción tradicional simbólica (de Jung o Eliade, v.g.) o estructural (Lévi-Strauss), sino, según su propia definición: «Mythe est le nom de tout ce qui n'existe et ne susiste 1u'ayant la parole pour cause» («Petite lettre sur le mythes», en *Regards sur le monde actuel et utres essais*, Paris, Gallimard, 1945, pág. 168).

(8) *Ibidem*, pág. 102.

Desde esta perspectiva, todo intento de reflexión en torno a la naturaleza del mito conduce casi inevitablemente a una reflexión sobre el funcionamiento del lenguaje, sobre la labor del lenguaje y, por tanto, del pensamiento. El resultado de tal meditación determina la verificación de una ley general que Valéry enuncia en los términos siguientes:

Le faux supporte le vrai; le vrai se donne le faux pour ancêtre, pour cause, pour auteur, pour origine et pour fin, sans exception, ni remède, —et le vrai engendre ce faux dont il exige d'être soi-même engendré.⁹

Esta interdependencia es constatable en *Monsieur Teste*. La «ley» propuesta por Valéry toma cuerpo en la cabeza de Teste y en las testimoniales palabras de su quimera tricéfala (Teste, Madame Teste y el interlocutor/Valéry): «donner quelque idée d'un tel monstre, d'esquisser un Hippogriffe, une chimère de la mythologie intellectuelle.»¹⁰ En términos casi fáusticos, Valéry nos ofrece el autorretrato intelectual de un joven que sufría el «mal agudo de la precisión» y tendía al «insensato deseo de comprender», de conocer y reconocerse tal como era. Al traductor inglés del «Ciclo Teste» le escribe, cuarenta años después de la redacción de la Soirée, que su proyecto era «faire le portrait littéraire aussi précis que possible d'un imaginaire aussi précis que possible»¹¹

(9) *Ibidem*, pág. 104.

(10) En el ensayo «Monsieur Teste et quelques-uns de ses précurseurs» (en *Paul Valéry contemporain*, M. Parent et J. Levaillant éds., Paris, Klincksieck, 1974, págs. 251-276), Ch. Vogel cita una serie de rasgos propios del «héroe cerebral» del período simbolista que podrían corresponder a Des Esseintes o André Walter. Daniel Oster añadirá el nombre de Mallarmé; pero Valéry no admite ninguna de estas hipótesis (cfr. sus cartas de 1912 a Albert Thibaudet en *Lettres à quelques-uns*, cit., págs. 95 y 97-98).

(11) *Lettres à quelques-uns*, cit., pág. 227. Cfr. además Frédéric Lefèvre, *Entrétiens avec Paul Valéry*, Paris, Le Livre, 1926: «Teste est un personnage obtenu par le fractionnement d'un être réel dont on extrairait les moments les plus intellectuels pour en composer le tout de la vie d'un personnage imaginaire» (pág. 213).

Si *Monsieur Teste* representa el intelecto por excelencia (diríamos el paradigma del intelectual imposible), se conforma también como el que ve. Dice Teste: «Soy siendo, y viéndome; viéndome verme, y así sucesivamente.», palabras que nos recuerdan al Goethe descrito en el *Discours*¹², al Leonardo anterior a *Teste* («Léonard! Si juste! [...] toi que savais te réveiller, toi qui te réveillais, ô pouvoir de voir toujours quelque chose de plus que la chose donnée, et de te voir la voyant!»)¹³, o al eco en la despedida de Mefistófeles («au revoir!... Voir, voir, voir...»), que constituye también la pasión y la perdición tanto de Narciso (el clásico) como de su *Narcisse*. Todos ellos de nuevo eslabones previos o consecuentes de un mundo de seres míticos heterogéneamente designados, aunque cada uno participa de la pasión del otro. Anhelo de conciencia, anhelo de lucidez, anhelo de lo posible, anhelo de analogía, *Monsieur Teste* es el extremo espécimen y, sobre todo, ajeno a los demás (por su anhelo de ser único, UNO) no en el contenido ni en los préstamos de los factores que lo caracterizan y que Valéry incorpora de los otros; sí en la forma de construirlo a partir de un perspectivismo triangular en el que –venerador de la palabra– introduce el estilo directo, el género epistolar, la reflexión filosófica, la poesía, la prosa poética y el aforismo; un ensayo polifónico y proteico constructor de un ser marginal, anormal, inhumano, extraño/Ange... en el que a la pregunta, ingenua acaso, de De la Rochefoucault «(Valéry s'est-il ici dédoublé?)»¹⁴ cabe responder con un rotundo y concluyente SÍ. Valéry mismo atestiguará: «Il n'y a pas d'image certaine de M. Teste. Tous les portraits diffèrent les uns des autres.»¹⁵

(12) *Discours en l'honneur de Goethe*, Paris, Gallimard, 1932: [Goethe] «Vit par les yeux», «vit de voir» (pág. 89).

(13) Nota manuscrita citada por Nicole Celeyrette-Pietri en *Valéry et le moi*, Paris, Archives des Lettres Modernes, 1981, pág. 21.

(14) Edmée de la Rochefoucault, *Paul Valéry*, Paris, Éditions Universitaires, 1954, pág. 28.

(15) *Morceaux choisis*, Paris, Gallimard, 1930, pág. 46.

En su crítica (a la vez que autoestima) del ejercicio intelectual, M. Teste presta una definición genérica del hombre de éxito (intelectual, se entiende) fundada en su capacidad de mentir. Este *mensonger*, sujeto a una especie de determinismo social, es obligado a ser lo que los demás quieren que sea. Teste manifiesta nítidamente —y condena— que el gran error del intelectual es considerarse a sí mismo individualidad transparente, proyectado fuera de sí. El intelectual auténtico, el hombre auténtico, deberá ser, en cambio, un perfecto desconocido de los demás para conservar su esencialidad —ser— contra las accidentalidades del estar y, más aún, frente a las del parecer. Y es en este sentido en el que inscribe su más sintético concepto de libertad: a M. Teste le está permitido todo; nada lo aparta de su objeto; ni su sensibilidad ni la de los otros; ni los cánones sociales, morales o religiosos. Al ser completamente libre, rechaza la dependencia de cualquier actividad o demanda exterior: no desea poseer nada para evitar ser poseído por el objeto de su codicia. Este rechazo es ante todo rechazo del «otro». M. Teste conoce, en efecto, que todo valor llamado «personal» nos es atribuido por los otros. Nuestras más comunes cualidades, así como las más elevadas son distinguidas por alguien que no es nosotros. Teste no quiere deber nada a nadie, sino a sí mismo, en un hiperbólico embargo de orgullo.

Planteado como un alegato contra el intelectualismo de corte burgués (el común: el que en falaz resolución confunde el acopio de información con una modelación del intelecto), Valéry adopta y desarrolla una actitud, empero, intelectualizada (claro que distinta), con un lenguaje complejísimo, de contenido criptosimbólico e investigación etimológica, en el que no faltan la sátira y el desdén. La indiferencia que toda voluntad creadora funda, según la cosmogonía valeryiana, en el Yo/UNO (o YO SÓLO) se pone con más claridad de manifiesto en Teste por medio, paradójicamente, del juicio de los otros (de Émilie Teste, de su amigo o del

Log-book), en lo que constituyen marcas escriturales de su figura a la vez que condiciones que perfilan a un ser –en palabras de Magny– «homophilosophicus»¹⁶. Como Fausto, Leonardo, Narciso y las otras creaciones del *ego scriptor*, Teste ha servido a Valéry como campo de análisis para proseguir obstinadamente en el gran proyecto de explorar el funcionamiento del espíritu y de su poder. Éste es —o debe ser— primordialmente creador, debe poseer una fuerza creadora que Valéry ha trazado y descubierto en los seres con los que ha creído poder identificarse, tanto Goethe como Leonardo, por ejemplo, son análogos a Teste/Valéry. De Goethe dirá que es «notre soif de plénitude de l'intelligence, de regard universel et de production très hereuse [...] à l'esprit une Figure créatrice [...] qui est lui-même à la fin métamorphosé en Mythe.»¹⁷, y calificará a Leonardo como «étrange animal» y «cerveau monstrueux.»¹⁸ Como en ambos casos, la monstruosidad de Teste reside en la voluntad, la capacidad y la libertad de retener la copiosa diversidad de todo lo que el azar y su propio espíritu le proporcionan. El espíritu aspira a agotar lo posible, a hacer retroceder poco a poco el umbral de lo definitivo, de lo imposible. Intentar comprender a M. Teste es emprender la tarea de penetrar en el conocimiento de un ser teórico que se nos presenta como el poder del espíritu, y Valéry llama a este ser «hombre universal», hombre límite, genio.

(16) Opus cit., pág. 188.

(17) *Discours...,* cit., pág. 168.

(18) *Introduction à la Méthode de Léonard de Vinci*, Paris , Gallimard, 1922, pág. 18.

La «imposibilidad» de Monsieur Teste, sin embargo, es la gran falacia argüida por Valéry, pues su existencia se encuentra implícita en el texto; es, en definitiva, palabra, tal vez porque «la parole est ce moyen de se multiplier dans le néant (...) je ne sais que faire pour sortir de ce que n'est pas (...) tant la parole nous peuple et peuple tout.»¹⁹ Quizá Teste no pueda existir sino como aberración intelectual; no hay duda, en cambio, de que su creador sí, y sabemos de quién se trata.

ZARAGOZA, MARZO DE 1998

(19)«Petite lettre sur le mythe», en Op. cit., págs. 117.

Monsieur Teste

Prefacio²⁰

Este personaje de fantasía del que fui autor en una época juvenil mitad literaria, mitad salvaje o... interior, ha vivido, parece, desde esa época difuminada, con una especie de vida que –sus reticencias, más que sus aprobaciones– han inducido a prestarle algunos lectores.

Teste fue engendrado –en una habitación donde Auguste Comte pasó sus primeros años²¹– durante una época de embriaguez de mi voluntad y entre extraños excesos de su propia conciencia.

Me encontraba afectado del mal agudo de la precisión. Tendía al extremo del insensato deseo de comprender y buscaba dentro de mí los puntos críticos de mi facultad de atención.

Hacía, pues, cuanto podía para incrementar la duración de algunos pensamientos. Todo lo que me era fácil me resultaba indiferente y casi hostil. La sensación de esfuerzo me parecía que debía ser buscada de nuevo y no valoraba los satisfactorios resultados que no son más que²² los frutos naturales de nuestras virtudes innatas. Es decir, que los resultados en general –y, por consiguiente, las *obras*– me importaban mucho menos que la energía del obrero —esencia de las cosas que el obrero desea. Esto prueba que la teología se vuelve a encontrar un poco por todas partes.

Sospechaba de la literatura y hasta de los trabajos bastante precisos de la poesía. El acto de escribir exige siempre un cierto «sacrificio del intelecto». Se sabe, por ejemplo, que las condiciones de la lectura literaria son incompatibles con una precisión excesiva

(20) Este prefacio fue escrito para la segunda traducción inglesa de *La soirée avec Monsieur Teste*. (NdA).

(21) En Montpellier (rue de la Vieille-Intendance).

(22) Elizondo traduce como negativa pura lo que es en puridad una frase restrictiva (comparativa con sentido adverbial = *solamente*) y dice «no son los frutos»... (Pág. 16). Valéry, pág. 9: *On ne peut pas... que seules*.

del lenguaje. El intelecto con mucho gusto exigiría del lenguaje común perfecciones y pureza que no están a su alcance. Pero raros son los lectores que no encuentran placer sino en un espíritu tenso. No obtenemos la aprobación de los demás sino a través de algo divertido, y esta especie de atención es pasiva.

Me parecía indigno, por otra parte, repartir mi ambición entre la preocupación de un efecto a producir en los otros y la pasión de conocerme y reconocer lo que yo era, sin omisiones, sin simulaciones ni concesiones.

De entre las Cosas Vagás y las Cosas Impuras a las que renunciaba profundamente, rechazaba no sólo las Letras, sino también la Filosofía casi por entero. Los objetivos tradicionales de la especulación me excitaban tan negativamente que me sorprendía de los filósofos o²³ de mí mismo. No había comprendido que los problemas más relevantes no se imponen, y que toman prestado mucho de su prestigio y de sus atractivos de ciertas *convenciones* que es necesario conocer y aceptar para penetrar en los filósofos. La juventud constituye una época durante la cual los convencionalismos son, y deben ser, mal comprendidos: ciegamente combatidos o ciegamente asumidos. No se puede concebir, en el comienzo de la vida reflexiva, que sólo las decisiones arbitrarias permiten fundamentar en el hombre cualquier cosa: lenguaje, sociedades, conocimientos, obras de arte. Por lo que a mí respecta, lo comprendía tan mal que me había propuesto tener secretamente por malas o despreciables todas las opiniones y hábitos de espíritu que nacen de la vida en común y de nuestras relaciones exteriores con los otros hombres y que se desvanecen en la soledad voluntaria. E incluso no podía pensar sino con desprecio en todas las ideas y

(23) Elizondo traduce un *ou* (Valéry, pág. 9) disyuntivo por un «y» (pág. 17) conjuntivo.

en todos los sentimientos que no son engendrados o agitados en el hombre más que por sus males o por sus temores, sus esperanzas y sus terrores, y no libremente por sus puras observaciones sobre las cosas y sobre sí mismo.

Intentaba, pues, reducirme a mis aptitudes *reales*. Tenía poca confianza en mis facultades y encontraba en mí sin esfuerzo todo lo necesario para odiarme; pero era fuerte mi deseo infinito de claridad, de desprecio hacia las creencias y hacia los ídolos, mi aversión por la facilidad y la conciencia de mis propias limitaciones. Me había fabricado una isla interior y perdía el tiempo en reconocerla y fortificarla...

M. Teste nació algún día de un recuerdo reciente de esos estados de ánimo. Se parece tanto a mí como un hijo engendrado por alguien en un momento de profunda alteración de su ser se parece a su padre.

Sucede quizá que se abandona de cuando en cuando a la vida la criatura excepcional de un momento excepcional. No es imposible, después de todo, que la singularidad de algunos hombres, sus dotes de abstracción, buenas o malas, sean debidas a veces al estado repentino de sus progenitores. Puede que así la inconstancia se transmita y se le dé rienda suelta. ¿No es esto, por otro lado, en el orden del espíritu, la función de nuestras obras, el acto del talento, el objeto mismo del trabajo y, en suma, *la esencia del raro instinto de hacer sobrevivir en sí mismo lo que raramente se alcanza?*

Volviendo a M. Teste, y observando que la existencia de un tipo de esta especie no podría prolongarse en la realidad más allá de unos cuantos minutos, pienso que el problema de esa existencia y de su duración basta para darle una especie de vida. Este problema es un germen. Un germen vive, pero hay algunos gérmenes que no sabrían desarrollarse. Éstos intentan vivir, forman monstruos, y los monstruos mueren. Ciertamente nosotros no los reconocemos más que por esa *propiedad destacable* de no poder durar. *Anormales* son los seres que tienen algo menos de futuro

que los *normales*. Son semejantes a muchos pensamientos que contienen contradicciones ocultas. Se producen en el espíritu, parecen justos y fecundos, pero sus consecuencias los arruinan y su presencia en seguida les resulta funesta.

—¿Quién sabe si la mayor parte de esos pensamientos prodigiosos ante los que tantos grandes hombres (y una infinidad de pequeños) han palidecido durante siglos, no son monstruos sicológicos (*Ideas Monstruos*), concebidos por el ingenuo ejercicio de nuestras facultades interrogativas que aplicamos un poco a todas las cosas (sin percatarnos de que no debemos razonablemente preguntar sino a lo que verdaderamente puede respondernos)?

Pero los monstruos de carne y hueso rápidamente perecen. Han existido, sin embargo, durante un tiempo breve. Nada más instructivo que meditar sobre su destino.

¿Por qué M. Teste es imposible? Su alma es la pregunta. *El alma os cambia en M. Teste*. Pues él no es otro que el demonio mismo de la posibilidad. La preocupación sobre el conjunto de su poder lo domina. M. Teste se observa, actúa, no quiere dejarse dominar. No conoce más que dos valores, dos categorías, que son las de la conciencia reducida a sus actos: *lo posible* y *lo imposible*. En ese extraño cerebro, donde la filosofía apenas tiene crédito, donde el lenguaje es acusador, no existe un solo pensamiento que no vaya acompañado de un sentimiento de provisionalidad; no subsiste nada más que la expectativa y la ejecución de operaciones definidas. Su vida intensa y breve se gasta en vigilar el mecanismo por el cual las relaciones de lo conocido y lo desconocido son instituidas y organizadas. Incluso aplica sus poderes oscuros y trascendentes a fingir obstinadamente las propiedades de un sistema aislado donde no figura el infinito.

Dar alguna idea de semejante monstruo, describir sus apariencias y sus hábitos; esbozar al menos un Hipogrifo, una Quimera de la mitología intelectual, exige —y, por consiguiente, excusa— el empleo, cuando no la creación, de un lenguaje forzado, a veces enérgicamente abstracto. Le es necesario así mismo familiaridad y hasta algunos rasgos de esa vulgaridad o trivialidad que en nosotros mismos aceptamos. No tenemos consideración con quien habita en nosotros. El texto, sujeto a estas condiciones tan particulares, no es ciertamente de fácil lectura en el original. Además, debe presentar, a quien desee traducirlo a una lengua extranjera, dificultades casi insalvables...

VELADA CON MONSIEUR TESTE

Vita Cartessii est simplicissima...²⁴

La *ignorancia* no es mi fuerte. He *conocido* a muchas personas, he visitado algunos países, he tomado parte en empresas diversas sin apetecerme, he comido casi todos los días, he tenido relación con mujeres. Recuerdo ahora varios centenares de rostros, dos o tres grandes espectáculos, y quizás la esencia de veinte libros. No he retenido ni lo mejor ni lo peor de estas cosas: ha quedado lo que ha podido.

Esta aritmética me ahorra la sorpresa de envejecer. Podría también hacer un recuento de los momentos triunfales de mi espíritu, e imaginarlos juntos y soldados, componiendo una vida *feliz*... Pero creo haberme juzgado siempre bien. Raramente me he perdido de vista; me he detestado, me he adorado —después, hemos envejecido juntos.

Con frecuencia suponía que todo había acabado para mí, y me consumía con todas mis fuerzas ansioso de agotar, de aclarar alguna situación dolorosa. ¡Esto me ha permitido conocer que con demasiada frecuencia consideramos nuestro propio pensamiento según la *expresión* del de los otros! Desde entonces, los miles de palabras que han zumbado en mis oídos raramente me han movido por el significado que querían otorgarles, y todas las que yo he dirigido a los demás las he sentido distinguirse siempre de mi pensamiento, pues llegaban a ser *invariables*.

(24). La edición de 1929 cita *Vita Cartessii res est simplicissima...*

Si hubiera decidido como la mayor parte de los hombres no sólo me hubiera creído su superior, sino que lo habría parecido. Me he preferido. Lo que ellos llaman un ser superior es un ser que se ha equivocado. Para admirarlo es necesario verlo —y para ser visto es preciso que se muestre. Y me demuestra que la estúpida manía de su nombre lo posee. Así, pues, cada gran hombre lleva encima la tara de un error. Cada talento que vemos poderoso comienza en el error que lo induce a conocer. A cambio de la gratificación pública, ese talento proporciona el tiempo suficiente para volverse perceptible, la energía malgastada en transmitirse y en disponer la satisfacción ajena. Llega incluso a comparar los juegos informes de la fama con el gozo de sentirse único —gran voluptuosidad particular.

Pensé entonces que las mentes más preparadas, los inventores más sagaces, los más exactos conocedores del pensamiento debían ser desconocidos, avaros, hombres que mueren sin confesar. Su existencia me era revelada por la de los individuos brillantes, un poco menos *sólidos*.

La inducción era tan fácil que veía en ella a cada instante cómo se iba formando. Bastaba imaginar a los grandes hombres ordinarios, limpios de su primer error, o apoyarse en ese error incluso para concebir un grado de conciencia más elevado, un sentimiento de la libertad de espíritu menos grosero. Una operación tan simple me evitaba dilataciones indiscretas, como si hubiera buceado en el mar. Perdidas en la brillantez de descubrimientos publicados, pero junto a invenciones ignoradas que el comercio, el miedo, el aburrimiento, la miseria realizan cada día, creía descubrir obras maestras interiores. Me divertía en extinguir la historia conocida bajo los anales del anonimato.

Eran invisibles en sus vidas límpidas, solitarios que sabían antes que los demás el mundo. Me parecían doblar, triplicar, multiplicar en la oscuridad a cada persona célebre —ellos, ofreciendo con

desdén su suerte y sus resultados particulares. Hubieran rehusado, a mi pesar, considerarse otra cosa que cosas...

Estas ideas me invadían durante el mes de octubre del 93, en los momentos de ocio en que el pensamiento juega solamente a existir.

Comenzaba a no preocuparme más de ello cuando conocí a M. Teste (pienso ahora en las huellas que un hombre deja en el reducido espacio donde se mueve a diario). Antes de tratar amistad con M. Teste, me sentía atraído por su particular aspecto. Estudié sus ojos, su forma de vestir, las más insignificantes palabras sordas que dirigía al camarero del café donde lo veía. Me preguntaba si él se sentía observado. Apartaba rápidamente mi mirada de la suya para comprobar que la suya me seguía. Cogía los periódicos que él acababa de leer, reproducía mentalmente sus sobrios e incontrolados gestos; notaba que nadie le prestaba atención.

Nada de esto tenía yo que aprender cuando establecimos relación. Sólo lo veía de noche. Una vez en una especie de b...; a menudo en el teatro. Me han dicho que vivía de mediocres operaciones semanales de bolsa. Comía en un pequeño restaurante de la calle Vivienne. Comía como si se purgase, con el mismo afán. A veces, se arreglaba con una comida pausada en otro lugar y punto.

M. Teste tenía tal vez cuarenta años. Su hablar era extraordinariamente rápido, y su voz sorda. Todo se diluía en él, los ojos, las manos. Sin embargo, tenía hombros militares, y el paso de una regularidad que sorprendía. Cuando hablaba jamás movía un brazo ni un dedo: había *matado a su marioneta*. No sonreía, no decía ni buenos días ni buenas noches; parecía no comprender el «¿Cómo está usted?».

Su memoria me hizo reflexionar. Los rasgos por los que yo podía juzgarla me hicieron imaginar una gimnástica intelectual sin par. Esto no era en él una facultad sobresaliente —era una facultad educada o transformada. He aquí sus propias palabras: «Hace veinte años que no tengo libros. He quemado también mis

escritos. Ignoro lo vivo... Retengo lo que quiero. Pero lo difícil no es esto ¡Lo difícil es retener aquello que querría mañana! He buscado un tamiz maquinal...»

A fuerza de pensar en ello, he acabado por creer que M. Teste había llegado a descubrir leyes del espíritu que los demás ignoramos. Seguramente debió de consagrarse años enteros a esa búsqueda: con toda seguridad habría empleado muchos años más en madurar sus ideas y verter en ellas sus instintos. Encontrar no es nada. Lo difícil es incorporar lo que se encuentra.

El delicado arte de la duración, el tiempo, su distribución y su régimen —su empleo en cosas cuidadosamente escogidas para educarlas específicamente— era una de las grandes empresas de M. Teste. Ponía mucho cuidado en la repetición de ciertas ideas; les asignaba un número. Ello le servía para convertir finalmente en maquinal la aplicación de sus estudios conscientes. Buscaba incluso resumir este trabajo. A menudo decía: *¡Maturare!*

Ciertamente su singular memoria debía retener casi únicamente esa parte de nuestras impresiones que nuestra imaginación es impotente para construir por sí sola. Si imaginamos un viaje en globo, podemos con astucia, con vigor, *reproducir* muchas de las sensaciones probables de un aeronauta, pero siempre quedará algo de individual en la ascensión real, cuya diferencia con nuestra ensueño expresa la validez de los métodos de un Edmond Teste.

Este hombre había descubierto tempranamente la importancia de lo que podría llamarse la *plasticidad* humana. Había buscado sus límites y su mecanismo. ¡Cuánto debió pensar en su propia manejabilidad!

Entreveía sentimientos que me hacían vibrar, una terrible obstinación en experiencias embriagadoras. Era el ser absorto en su variación, el que se convierte en su sistema, el que se entrega completamente a la espantosa disciplina del espíritu libre y deja que sus placeres maten a sus placeres, el más débil al más fuerte, el

más dulce, el transitorio, el del instante y el de la hora empezada al fundamental, a la esperanza del fundamental.

Y notaba que él era dueño de su pensamiento: escribo aquí esta estupidez. La expresión de un sentimiento es siempre estúpida.

M. Teste carecía de opinión. Creo que se apasionaba a su gusto y para conseguir un objetivo definido. ¿Qué había hecho de su personalidad? ¿Cómo se veía? Jamás reía, nunca un gesto de infelicidad en su rostro. Odiaba la melancolía.

Hablabas y te identificabas con su idea, confundido con las cosas: te sentías marginado, mezclado con las casas, con las amplitudes del espacio, con el colorido revuelto de la calle, con los rincones... Y las palabras más hábilmente conmovedoras —las mismas que nos acercan al autor más que a ningún otro hombre; las que hacen creer que cae el muro eterno que separa a las inteligencias—, podían salir de él... Sorprendentemente sabía que hubieran conmovido a *cualquier otro*. Hablabas, y sin poder precisar los motivos ni el alcance de la proscripción, se constataba que un gran número de palabras era desterrado de su discurso. Estas palabras, de las que se servía, eran a veces tan curiosamente sostenidas por su voz o aclaradas por la frase que su peso se alteraba, su valor se renovaba. A veces perdían todo su significado y parecían únicamente llenar un lugar vacío cuyo término destinatario era incluso dudoso o imprevisto por la lengua. Yo lo he escuchado designar un objeto material a través de un grupo de palabras abstractas y nombres propios.

Nada había que responder a lo que decía. Destruía el consentimiento cortés. Se prolongaban las conversaciones por medio de saltos, y no se extrañaba. Si este hombre hubiera cambiado el objetivo de sus cerradas meditaciones, si hubiera vuelto contra el mundo la ordenada fortaleza de su talento, nada le hubiera resistido. Lamento hablar de él como se habla de aquéllos a los que se les izan pedestales. Sobradamente sé que entre el «genio» y él hay un determinado grado de debilidad. Él ¡tan verdadero!, ¡tan

nuevo!, ¡tan limpio de cualquier engaño y de cualquier prodigo, tan duro! Mi propio entusiasmo me lo corrompe...

¿Cómo no entusiasmarme con quien nada *vago* decía? ¿Con quien con calma declaraba: «Yo sólo valoro en las cosas la *facilidad* o la *dificultad* de conocerlas, de realizarlas. Pongo extremo cuidado en medir ambos grados de facilidad o dificultad, y en no esclavizarme... Y qué importa lo que ya conozco profundamente?».

¿Cómo no abandonarme a un ser cuyo espíritu parecía transformar para sí solo todo lo que es, y que *operaba* todo lo que le era propuesto? Interpretaba ese espíritu manejando y mezclando, modificando, poniendo en comunicación, pudiendo separar y desviar, aclarar, desvirtuar esto, enfatizar aquello, ahogar, exaltar²⁵, nombrar lo que no tiene nombre, olvidar lo que quería, adormecer o colorear esto y aquello...

Estoy simplificando groseramente propiedades impenetrables. No me atrevo a decir todo lo que mi protagonista me dicta. La lógica me detiene. Pero, en mi interior, siempre que propongo el problema de Teste aparecen extrañas formaciones.

Hay días que lo encuentro muy claramente. Está representado en mi recuerdo, a mi lado. Respiro el humo de nuestros cigarros, lo escucho. *Desconfío*. A veces, la lectura de un periódico me hace topar con su pensamiento, cuando en ese momento un acontecimiento lo justifica. E intento incluso algunas de esas experiencias ilusorias que me deleitaban durante la época de nuestras veladas. Es decir, que me lo figuro haciendo lo que yo no le he visto hacer. ¿En qué se convierte M. Teste sufriendo? Enamorado, ¿cómo reflexiona? ¿Estará triste? ¿De qué tendría miedo? ¿Qué es lo que le haría temblar?... Buscaba. Mantenía íntegra la imagen del hombre riguroso, procuraba hacerla responder a mis preguntas... se alteraba.

(25) Elizondo yerra gravemente al traducir *exhausser* (Valéry, pág. 23) por «agotar» (pág. 34); ¿debido, quizás, a una ingenua atracción fónica con «exhaustar»?

Ama, sufre, se aburre. Todo el mundo se imita. Pero en el suspiro, en el lamento elemental deseo que mezcle las reglas y las figuras de todo su espíritu.

Esta noche hace precisamente dos años y tres meses que estuve con él en el teatro, en un palco prestado. Hoy he pensado en ello.

Vuelvo a verlo de pie con la columna dorada de la Ópera, juntos.

Él sólo miraba la sala. Aspiraba una gran bocanada ardiente, próximo a la concha del apuntador. Estaba congestionado.

Una inmensa estatua de cobre nos separaba de un grupo que murmuraba con mucho más que asombro. Tras el humo brillaba un fragmento desnudo de mujer suave como un guijarro. Muchos abanicos independientes vivían en el mundo sombrío y claro haciendo espumear incluso a las luces del techo. Mi mirada deletreaba mil pequeñas figuras, caía sobre una cabeza triste, corría sobre brazos, sobre la gente y al fin ardía.

Cada uno estaba en su sitio, liberado del más insignificante movimiento. Yo analizaba el sistema de clasificación, la simplicidad casi teórica del auditorio, el orden social. Tenía la deliciosa sensación de que todo lo que respiraba dentro de ese cubo iba a seguir sus propias leyes, encenderse de risa a grandes círculos, agitarse en planchas, debilitarse en *masas* de cosas *íntimas* —*únicas*—, de trastornos secretos, elevarse a lo inconfesable! Erraba entre esos pisos de hombres, de fila en fila, por órbitas, con la fantasía de juntarse idealmente entre ellos, padeciendo todos la misma enfermedad o la misma teoría, o el mismo vicio... Una música nos conmovía a todos, crecía, luego disminuía.

Desapareció. M. Teste murmuraba: «¡No se es *bello*, no se es extraordinario sino para los otros! ¡*Ellos* son devorados por los otros!»

La última palabra salió del silencio que ejecutaba la orquesta. Teste respiró. Su rostro inflamado donde soplaban el calor y el color, sus anchas espaldas, su ser negro dorado por las luces, la forma de

todo su conjunto vestido, sostenido por la gruesa columna me reprimieron. No perdía un átomo de todo lo que se volvía sensible, a cada instante, en esa dimensión roja y oro.

Yo miraba ese cráneo que armonizaba con los ángulos del capitel, esa mano derecha que se refrescaba en las doraduras, y, en la sombra púrpura, los grandes pies. Desde el fondo de la sala sus ojos giraron hacia mí; su boca dijo: «la disciplina no es mala... Es un comienzo....»

No supe responder. Dijo con su voz baja y apresurada: «¡Que gocen y obedezcan!»

Miró fijamente a un joven que se encontraba enfrente de nosotros, después a una señora, luego a un grupo en las galerías superiores —desbordando la barandilla cinco o seis rostros ardientes— y, por fin, a toda la gente, a todo el teatro, abarrotado como los cielos, ardiente, fascinado por la escena que nosotros no veíamos. La estupidez de los demás nos revelaba que sucedía algo sublime. Veíamos desaparecer la luz que componían todas las figuras en la sala. Y cuando era muy tenue, cuando la luz ya no brillaba, no quedó más que la vasta fosforescencia de esas mil figuras. Comprobé que este crepúsculo volvía pasivos a todos esos seres. Su atención y la oscuridad crecientes establecían un equilibrio continuo. Yo mismo estaba atento *forzosamente* a toda esa atención.

M. Teste dijo: «Lo supremo simplifica. Apuesto a que todos piensan, progresivamente, *hacia* lo mismo. Serán iguales ante la crisis o límite común. Por lo demás, la ley no es tan simple... puesto que la ley me ignora —y— yo estoy aquí.»

Añadió: «La claridad los mantiene.» Dije riendo: «¿Usted también?»

Respondió: «Usted también.»

—«¡Qué buen dramaturgo sería usted!», le dije, «¡parece observar alguna experiencia creada en los confines de todas las ciencias! Quisiera ver un teatro inspirado en sus meditaciones...»

Dijo: «Nadie medita.»

Los aplausos y la luz completamente encendida nos atraparon. Circulamos, descendimos. Los transeúntes parecían libres. M. Teste protestaba ligeramente del frescor de la medianoche. Hizo alusión a antiguos dolores.

Caminábamos y se le escapaban frases casi incoherentes. A pesar de mis esfuerzos sólo a duras penas seguía su conversación, limitándome a retenerla. La incoherencia de un discurso depende de quién lo escucha. El talento me parece estar hecho de tal manera que no puede ser incoherente por sí mismo. También me he cuidado de no clasificar a Teste entre los locos. Por otra parte, percibía vagamente la conexión de sus ideas, no apreciaba en ellas ninguna contradicción; después de todo, las hubiera reducido a una solución demasiado simple.

Íbamos por las calles sosegadas por la noche, girábamos en las esquinas, en el vacío, encontrando instintivamente el camino —más ancho, más estrecho, más ancho. Su paso militar se sometió al mío.

—«Sin embargo», respondí, «¿cómo sustraerse a una música tan poderosa! ¿Y por qué? Encuentro en ella un particular entusiasmo, ¿debo desdeñarla? Veo en ella la ilusión de un inmenso trabajo que, de súbito, se tornaría posible... Me proporciona *sensaciones abstractas*, formas deliciosas de todo lo que amo —cambio, movimiento, mezcla, flujo, transformación... ¿Negaría usted que existen cosas anestésicas? Árboles que emborrachan, hombres que dan fuerza, muchachas que paralizan, cielos que tajan la palabra?»

M. Teste contestó bastante alto:

—«Un momento, señor!, ¡qué me importa el talento de sus árboles —y el de los otros! —Estoy en MI casa, hablo mi idioma, odio las cosas extraordinarias. Esa es una necesidad de espíritus débiles. Créame al pie de la letra: el genio es *fácil*, la *divinidad es fácil*...²⁶ Quiero decir simplemente que sé cómo se concibe todo eso. Es *fácil*.»

(26). La edición de 1946 suprime, entre «el genio es *fácil*» y «la divinidad es *fácil*», el sintagma «la fortuna es *fácil*», que sí aparecía en la edición de 1929.

«En otro tiempo —por lo menos hace veinte años—, todo lo que estaba por encima de lo ordinario realizado por otro hombre me resultaba un fracaso personal. En el pasado, no veía más que ideas que me habían robado. ¡Qué tontería! ¡Decir que nuestra propia imagen no nos es indiferente! En los combates imaginarios, la tratamos *demasiado bien o demasiado mal...*»

Tosió. Se preguntó: «¿De qué es capaz un hombre?... ¡De qué es capaz un hombre!...» Me dijo: «¡Conoce usted a un hombre sabiendo que no sabe lo que dice!»

Estábamos en el portal. Me pidió subir a fumar un cigarro a su casa.

En lo alto de la casa, entramos en un pequeño apartamento «amueblado». No vi ni un libro. Nada indicaba el habitual trabajo ante una mesa, bajo una lámpara, en medio de papeles y plumas. En la habitación verdosa, que olía a menta, no había alrededor de la vela más que un sombrío mobiliario abstracto —la cama, el reloj de pared, el armario con espejo, dos sillones— como entes de razón. Sobre la chimenea, algunos periódicos, una docena de tarjetas de visita llenas de cifras, y un frasco de botica. Jamás he tenido tan fuertemente la impresión del *cualquiera*. Era la vivienda cualquiera, análoga al punto de cualquiera de los teoremas —y quizá tan útil. Mi huésped existía en el interior más general. Pensaba en las horas que pasó en ese sillón. Tuve miedo de la infinita tristeza posible en ese lugar banal y puro. He vivido en parecidas habitaciones, jamás he podido creerlas definitivas sin horror.

M. Teste habló de dinero. No sé reproducir su especial elocuencia: me parecía menos precisa que habitualmente. La fatiga, el silencio que se fortalecía con la hora, los cigarros amargos, el abandono nocturno parecían alcanzarlo. Escuché su voz tenue y ralentizada que hacía bailar a la llama de la única vela encendida entre nosotros a medida que enumeraba cifras enormes, con lasitud. Ochocientos diez millones setenta y cinco mil quinientos

cincuenta. Escuchaba esa misma música inaudita sin seguir el cálculo. Me comunicaba el temblor de la Bolsa, y las largas series de nombres de números me arrebataban como un poema. Aproximaba los acontecimientos, los fenómenos industriales, el gusto público y las pasiones, las cifras incluso, las unas a las otras. Decía: «El oro es como el espíritu de la sociedad.»

De repente, calló. Sufrió.

Yo examinaba de nuevo la habitación fría, la inutilidad del mobiliario, para no mirarlo. Cogió su botellita y punto. Me levanté para salir.

«No se vaya todavía», dijo. «No se canse. Voy a acostarme. En un instante estaré dormido. Usted cogerá la vela para bajar.»

Se desnudó tranquilamente. Su cuerpo seco se bañó en las sábanas e hizo el muerto. En seguida se dio la vuelta y se hundió más todavía en la cama demasiado corta.

Me dijo sonriendo: «Hago el muerto. ¡Floto!... Siento un imperceptible balanceo debajo²⁷, ¿un movimiento inmenso? Duermo una hora o dos todo lo más, yo que adoro la navegación de la noche. A menudo no distingo ya mi pensamiento frente al sueño. No sé si he dormido. Hace años, en mi sopor, pensaba en todo lo que me había proporcionado placer, figuras, cosas, minutos. Los hacía llegar para que el pensamiento fuera lo más dulce posible, fácil como el lecho... Soy viejo. Puedo mostrarle que me siento viejo... ¡Recuerde! Cuando se es niño se *descubre*, se descubre lentamente el espacio del cuerpo, se expresa la particularidad del cuerpo²⁸ por medio de una serie de esfuerzos, ¿no cree? ¡Se tuerce y se encuentra o se reencuentra y se sorprende! ¡Se toca el talón, se coge el pie derecho con la mano izquierda, se sujetta el pie frío en la palma de la mano caliente...! Ahora me sé de memoria. También el corazón.

(27) Traduce «arriba» (pág. 44), cuando es «debajo» (Valéry, pag. 31: *dessous*)

(28) Olvida traducir Elizondo (*ibidem*) este sintagma: *on exprime la particularité de son corps* (Valéry, *ibidem*).

¡Bah!, toda la tierra está limitada, todos los territorios están cubiertos por todas las banderas. Queda mi cama. Me gusta esta corriente de sueño y de ropa blanca que se estira y se arruga, o se estruja — que cae como arena sobre mí cuando hago el muerto, que se coagula a mi alrededor durante el sueño... Es una mecánica bastante compleja. En el sentido de la trama o de la cadena, una deformación muy pequeña... ¡Ah!

Sufrió.

«¿Pero qué le sucede?», le dije; «Puedo...»

«No me sucede nada importante. Dispongo de una décima de segundo que se muestra... Espere... Hay instantes en que mi cuerpo se ilumina... Es muy curioso. De repente me veo en él... distingo las profundidades de las capas de mi carne, y noto zonas de dolor, anillos, polos, crestas de dolor. ¿Ve esas figuras vivas? ¿Esa geometría de mi sufrimiento? Existen esos relámpagos que se parecen completamente a ideas. Hacen comprender —desde aquí hasta allá...— y, sin embargo, me dejan *incierto*. Incierto no es la palabra... Cuando *eso* va a llegar, encuentro en mí algo de confuso o de difuso. Se forman en mi ser lugares... brumosos, hay extensiones que hacen su aparición. Entonces, tomo de mi memoria una incógnita, un problema cualquiera... Me hundo en él. Cuento granos de arena... y, en cuanto los veo... —Mi dolor creciente me fuerza a observarlo. ¡Pienso en ello! Sólo espero mi grito... y desde que lo he oído —el *objeto*, el terrible *objeto*, volviéndose más pequeño, y aún más pequeño— se oculta a mi vista interior...

«¿Qué puede un hombre? Combato todo —excepto el sufrimiento de mi cuerpo— más allá de una cierta grandeza. Es ahí, no obstante, donde debería comenzar, ya que sufrir es prestar a algo una suprema atención, y yo soy un poco un hombre de atención... Sepa que había previsto la futura enfermedad. Había meditado con precisión sobre lo que todo el mundo está seguro. Creo que esta visión sobre una porción evidente del porvenir debería formar parte de la educación. Sí, había previsto lo que

ahora comienza. Era, entonces, una idea como las otras. De este modo, he podido seguirla.»

Se calmó. Se plegó sobre el costado, cerró los párpados y, pasado un minuto, hablaba de nuevo. Comenzaba a perderse. Su voz no era más que un murmullo en la almohada. Su mano enrojecida dormía ya.

Aún decía: «Pienso, y pensar no molesta. Estoy solo. ¡Qué confortable es la soledad! Nada dulce me pesa... La misma ilusión aquí que en el camarote del buque, la misma en el café Lambert... Los brazos de una Berta²⁹ sí adquieren importancia, estoy atrapado —como por el dolor... El que me habla —si no lo demuestra— es un enemigo. Prefiero el estallido que produce el hecho más insignificante. Soy estando, y viéndome; viéndome verme, y así sucesivamente... El sueño continúa cualquier idea...»

Roncaba despacio. Un poco más despacio, cogí la vela, salí con sigilo.

1895

(29) No encuentro ninguna correspondencia semántica contextual. Ignoro si *Berthe* figura en el texto de Valéry como metáfora pura (= «matrona») o como metonimia (=«prostituta»). Tampoco, con las mismas asignaciones, deduzco analogías significativas en el campo semántico del castellano. Con más probabilidad creo que Berthe pertenece a la simbología doméstica del propio autor, traída aquí a partir de la figura de Berthe Morizot («Tante Berthe») que Valéry poseía, pintada al óleo, en su casa de París.

CARTA DE MADAME ÉMILIE TESTE

Señor y amigo,

Le agradezco su envío y la carta que ha escrito a Monsieur Teste. Estoy convencida de que la piña y las mermeladas no le han desagradado; estoy segura de que los cigarrillos le han gustado. En cuanto a la carta mentiría si dijera algo acerca de ella. Se la he leído a mi marido y no la he entendido. Sin embargo, le confieso que he extraído de ella cierto deleite. Las cosas abstractas o demasiado elevadas para mí no me impiden comprender; le encuentro un encanto casi musical. Hay una parte hermosa del alma que puede gozar sin comprender y ésta es grande dentro de mí.

He leído, pues, su carta a M. Teste. Ha escuchado mi lectura sin mostrar lo que de ella pensaba ni lo que pensó de su contenido. Usted sabe que no lee casi nada con sus propios ojos, de los que hace un raro uso y como *interior*. Me equivoco; quiero decir un uso *particular*. Pero esto no es todo. No sé cómo expresarme; digamos un uso a la vez *interior* y *particular*..., y ¡¡universal!!!! Sus ojos son muy hermosos; me gustan por ser más grandes que todo lo que de visible existe. Nunca se sabe si se le escapan por cualquier cosa o bien si, al contrario, el mundo entero no representa para ellos más que un simple detalle de todo lo que ven, una *mosca voladora* que puede obsesionar pero que no existe. Querido señor, desde que estoy casada con su amigo jamás he podido cerciorarme de sus miradas. El objeto en el que se fijan es quizá el propio objeto que su espíritu quiere reducir a la nada.

Nuestra vida sigue siendo la que usted ya conoce: la mía nula y útil; la suya llena de hábitos y ausencia. No es que no se despierte ni reaparezca, cuando quiere, terriblemente vivo. Me gusta así. Es fuerte y de repente temible. La máquina de sus actos monótonos estalla; su rostro se ilumina, dice cosas que no entiendo más que a medias, pero que ya no se borran de mi memoria. Pero no quiero ocultarle nada, o casi nada³⁰: *A veces es muy duro*. Yo no

(30) También olvida (u omite expresamente —pág. 53—) traducir *ou*.

creo que nadie pueda serlo como él. Te destroza el ánimo con una palabra, y me veo como la vasija abandonada que el alfarero arroja a los desechos. Es duro como un ángel, señor. No tiene conciencia de su fuerza: tiene palabras inesperadas que son demasiado ciertas, que anonadan a las personas, las descubre en plena estupidez, frente a ellas mismas, completamente atrapadas por ser lo que son y por vivir tan naturalmente de frivolidades. Vivimos a gusto, cada uno en su estupidez, como peces en el agua, y jamás nos damos cuenta sino accidentalmente de todas las estupideces que contiene la existencia de una persona razonable. Jamás pensamos que lo que pensamos oculta lo que somos. Espero, señor, que valgamos más que todos nuestros pensamientos y que nuestro más grande mérito ante Dios sea haber intentado detenernos ante algo más sólido que la charlatanería incluso admirable de nuestro espíritu consigo mismo.

De otra parte, M. Teste no tiene necesidad de hablar para rendir a una humildad y a una simplicidad casi animal a las personas que lo rodean. Su existencia parece anular a los demás, e incluso sus manías hacen reflexionar.

Pero no crea que es siempre difícil ni pesado. ¡Si usted supiera, señor, qué distinto puede ser! En efecto, es duro a veces; pero en otros momentos se adorna con una exquisita y sorprendente dulzura que parece descender de los cielos. Su sonrisa es un regalo misterioso e irresistible, y su rara ternura es una rosa de invierno. No obstante, es imposible prever su docilidad y sus violencias. Es inútil esperar el rigor o la indulgencia; frustra, por su profunda distracción y por el orden impenetrable de sus pensamientos, todos los cálculos ordinarios que hacen los humanos acerca del carácter de sus semejantes. Mis halagos, mis favores, mis desvelos, mis pequeños errores, nunca sé lo que obtendrán de M. Teste.

Pero le confieso que nada³¹ me ata más a él que la incertidumbre de su humor. Después de todo, soy muy feliz por no comprenderlo demasiado, por no adivinar cada día, cada noche, cada momento inmediato de mi paso por la tierra. Mi alma tiene más necesidad de ser sorprendida que de cualquier otra cosa. La espera, el riesgo, algo de duda, la exaltan y la vivifican más que lo haría la posesión de la verdad. Creo que esto no está bien, pero soy así, a pesar de los reproches que me hago. Me he confesado más de una vez de haber pensado que prefería creer en Dios antes que verlo en plena gloria y he sido censurada. Mi confesor me ha dicho que era una majadería más que un pecado.

Perdóneme por escribirle acerca de mi pobre existencia cuando usted sólo desea saber algunas noticias de quien tan vivamente le interesa. Pero yo soy algo más que el testigo de su vida; soy una pieza de ella y una especie de órgano, aunque no esencial. Como marido y mujer que somos, nuestras acciones están acomodadas al matrimonio, y nuestras necesidades temporales bastante bien ajustadas, a pesar de la inmensa e indefinible diferencia de nuestros caracteres. Estoy, pues, obligada a hablarle incidentalmente de la que le habla de él. ¿Tal vez usted tiene un mal concepto de cuál es mi condición junto a M. Teste y cómo me las arreglo para pasar mis días en la intimidad de un hombre tan original, de encontrarme tan próxima y tan alejada de ella?

Las mujeres de mi edad, mis amigas verdaderas o aparentes, están asombradísimas de verme, de que parezca tan bien hecha para una existencia como la suya y siendo bastante agradable —nada indigna de un destino comprensible y simple— aceptar una posición que ellas de ningún modo pueden figurarse en la vida de semejante hombre, cuya reputación de extravagante les choca y les escandaliza. No saben que el más pequeño afecto de mi querido esposo es mil veces más preciado que todas las caricias de los suyos.

(31) *presque rien* (Valéry, pág. 38).

¿Qué es su amor, que se imita y se repite, que desde hace tiempo ha perdido todo lo que hace que las más ligeras caricias estén cargadas de sentido, de riesgo y de fuerza, que la sustancia de una voz sea el único alimento de nuestra alma y que, en fin, todas las cosas sean más bellas, más significativas —más luminosas o más siniestras, más importantes o más vanas— según el solo presentimiento de lo que sucede en una persona cambiante que se nos vuelve misteriosamente esencial?

Mire, señor, es necesario no entender de placeres para desear separarlos de la ansiedad. Por ingenua que sea, sé lo que las voluptuosidades pierden al estar sujetas y acomodadas a los hábitos domésticos. Un abandono, una posesión que se corresponden, crecen infinitamente, creo, si se ignora su proximidad. Esta suprema certeza debe surgir de una suprema incertidumbre y revelarse como la catástrofe de un cierto drama cuyo desarrollo y comportamiento desde la calma hasta la extrema amenaza del desenlace tendríamos dificultad en recordar.

Felizmente —o no— jamás estoy segura de los sentimientos de M. Teste hacia mí; y esto me importa menos de lo que usted creería. Extrañamente casada como estoy, lo estoy con conocimiento de causa. Sabía que las grandes almas no crean una familia más que por accidente, o bien lo hacen para construirse una alcoba tibia donde lo que de mujer puede caber en su sistema de vida sea siempre embargable y esté siempre recluido. ¡No es detestable ver aparecer el suave brillo de un hombro purísimo entre dos pensamientos...! Los caballeros son así, incluso profundos.

No digo esto por M. Teste. ¡Es tan extraño! ¡En verdad, no puede decirse nada de él que no sea inmediatamente inexacto! Yo creo que tiene demasiada cohesión en sus ideas. Te extravías de repente en una trama que él sólo sabe tejer, romper, continuar. Prolonga en sí mismo hilos tan frágiles que no resisten su delgadez más que por el auxilio y la armonía de toda su pujanza vital. Los estira sobre no sé qué laberintos personales, y se aventura, sin

duda, bastante lejos del tiempo ordinario, en algún abismo de dificultades. ¿Me pregunto lo que llega a ser en ese abismo? Está claro que en esos apuros ya no se es uno mismo. ¡Nuestra humanidad no puede seguirnos hacia luces tan alejadas. Su alma sin duda se fabrica una planta singular cuya raíz, y no la fronda, crecería, contra natura, hacia la claridad!

¿No es esto asomarse fuera del mundo? ¿Encontrará la vida o la muerte en el límite de sus atentas voluntades? ¿Será esto Dios, o alguna espantosa sensación de no encontrar en lo más hondo del pensamiento, más que el pálido resplandor de su propia y miserable materia?

¡Es necesario haberlo visto en esos excesos de ausencia! En esos momentos su fisonomía se altera —se borra! Un poco más de esa absorción y estoy segura de que se volvería invisible.

¡Pero cuando vuelve de la profundidad! ¡Parece descubrirme como a una tierra nueva! Le parezco desconocida, nueva, necesaria. Me apresa ciegamente en sus brazos como si yo fuera una roca de vida y de presencia real donde ese gran genio incomunicable se estrellaría, conmovería, se aferraría de golpe, ¡después de tantos inhumanos y monstruosos silencios! Retumba sobre mí como si fuera la tierra misma. Se despierta en mí, se reencuentra en mí, ¡qué felicidad!

Su cabeza pesa en mi cara y soy presa de toda la fuerza de sus nervios. Tiene en las manos un vigor y una presencia enormes. Me siento presa de un escultor, de un médico, de un asesino, sometida a sus acciones precisas y brutales, y me veo con terror caída entre las garras de un águila intelectual. ¿Le diría a usted todo lo que pienso? Imagino que no sabe exactamente lo que hace, lo que modela.

Todo su ser, que estaba concentrado en un determinado lugar de los límites de la conciencia, acaba de perder su objetivo ideal, ese objetivo que existe y que no existe, pues sólo depende de *un poco más o un poco menos de esfuerzo*. Esto era una pequeña parte

de toda la energía de un gran cuerpo para sostener ante el espíritu el instante de diamante que es al mismo tiempo la idea, la Cosa, el umbral y el fin. Pues bien, cuando este esposo extraordinario me captura y en cierto modo me adiestra, y me imprime sus fuerzas, tengo la impresión de que soy sustituida por ese objetivo de su voluntad que acaba de perder. Soy como el juguete de un muscularo conocimiento. Se lo cuento como soy capaz de hacerlo. La verdad que él esperaba ha tomado mi fuerza y mi resistencia viva; y por medio de una trasposición completamente inefable, sus voluntades interiores pasan, se descargan en sus manos duras y determinadas. Son momentos muy difíciles. ¿Qué hacer entonces? Me refugio en mi corazón, en el cual lo amo a mi antojo.

En cuanto a sus sentimientos hacia mí, en cuanto a la opinión que él puede tener de mí misma, son cosas que ignoro, del mismo modo que ignoro de él todo lo que no se ve o se oye. Le he dicho anteriormente mis suposiciones, pero no sé verdaderamente en qué pensamientos o combinaciones pasa tantas horas. Yo permanezco en la superficie de la vida; me abandono al curso de los días. Me digo que soy la sirvienta del instante incomprensible en que mi matrimonio se decidió en sí mismo. ¿Instante quizá adorable, sobrenatural quizá?

No puedo decir que sea amada. Sepa que esta palabra de amor tan incierto en su sentido vulgar y que titubea entre multitud de imágenes diferentes, ya no vale nada en absoluto si se trata de los vínculos del corazón de mi esposo con mi persona. Es un tesoro sellado como su cabeza, y no sé si tiene corazón. ¿Sé si alguna vez me distingue, si me ama o si me estudia? ¿O si él se estudia por medio de mí? Comprenderá que no insista sobre esto. En resumen, me siento atrapada en sus manos, entre sus pensamientos, como un objeto que unas veces le resulta familiar³²

(32) Otro olvido u omisión (en pág. 62): *objet qui tantôt lui est le plus familier...* (Valéry, pág. 46)

y otras lo más extraño del mundo, según el género de su variable mirada que al objeto se fije.

Si osara comunicarle mi reiterada impresión, tal como yo me la transmito a mí misma, y que a menudo le he confiado al señor abad Mosson, le diría en sentido figurado que me siento vivir y moverme en la celda donde me encierra el espíritu superior, —*por su sola existencia*. Su espíritu contiene el mío como el espíritu del hombre modela al del niño o al del perro. Entiéndame. A veces paseo por nuestra casa; voy, vengo; la idea de cantar me atrapa y se eleva; vuelo, bailando de improvisada alegría y de inacabada juventud, de una a otra habitación. Pero por muy alegre que esté jamás dejo de sentir el imperio de ese poder ausente que se encuentra ahí, en algún sillón y sueña, y fuma, y examina su mano, con cuyas articulaciones juega pausadamente. Nunca siento el alma sin límites, sino rodeada, cercada. ¡Dios mío! ¡Qué difícil es de explicar! No quiero decir *cautiva*. Soy libre, pero estoy clasificada.

Eso que es más nuestro, lo más preciado y oscuro de nosotros mismos, usted lo conoce. Me parece que perdería el ser si me conociera completamente. Bien, soy transparente para alguien, soy vista y prevista, tal cual, sin misterio, sin sombras, sin apelación posible a mi propio desconocimiento —ja la propia ignorancia de mí misma!

Soy una mosca que se agita y subsiste en el universo de una mirada inquebrantable, vista unas veces, otras no vista, pero nunca fuera de óptica. Sé a cada momento que existo en una atención siempre más vasta y más general que toda una vigilancia, siempre más veloz que mis súbitas y más prontas ideas. Mis más grandes convulsiones del alma son para él pequeños acontecimientos insignificantes. Y, sin embargo, poseo mi infinito..., el cual siento. No puedo dejar de reconocer que está contenido en el suyo, y no puedo consentir que lo esté. ¡Es algo inexpresable, señor, que pueda pensar y actuar absolutamente como yo quiera sin poder jamás, jamás, pensar nada ni querer que sea imprevisto, que sea importante, que sea desconocido para M. Teste! Le aseguro que una sensación tan constante y tan extraña proporciona ideas bien profundas... Puedo

decir que mi vida me presenta en todo momento un modelo sensible de la existencia personal de existir en la esfera de un ser del mismo modo que todas las almas existen en el Ser.

Pero, ¡ay!, esta misma sensación de una presencia a la que uno no puede sustraerse y de una adivinación tan íntima, no existe sin inducirme a veces a viles pensamientos. Estoy siendo probada. Me digo que ese hombre es tal vez un réprobo, que me expongo enormemente a su vecindad y que vivo bajo las hojas de un árbol maligno... Pero distingo casi en seguida que esas reflexiones artificiosas esconden en sí mismas el peligro contra el que me aconsejan ponerme en guardia. Adivino en sus pliegues una muy hábil sugerencia de despertar a otra vida más deliciosa, a otros hombres... Y me horrorizo. Vuelvo sobre mi destino; siento que así debe ser; me digo que *deseo* mi destino, que lo elijo de nuevo a cada instante; escucho interiormente la voz tan clara y profunda de M. Teste que me llama... ¡pero si usted supiera con qué nombres!

No hay mujer en el mundo nombrada como yo. Usted sabe qué ridículos nombres intercambian los amantes: qué denominaciones perrunas y de cotorras son frutos naturales de las intimidades carnales. Las palabras del corazón son infantiles. Las voces de la carne son elementales. M. Teste, por su parte, piensa que el amor consiste en *poder ser bestias juntamente* —licencia absoluta de estupidez y bestialidad. Por eso me llama a su manera. Casi siempre me designa de acuerdo con lo que él quiere de mí. Por sí solo, el nombre que me otorga me hace percibir con una palabra sola aquello que yo espero entender, o lo que es necesario que yo haga. Cuando esto no es nada de particular que él desee, me dice: *Ser, o Cosa*. Y a veces me llama *Oasis*, lo cual me complace.

Sin embargo, jamás me dice que yo sea una bestia —y esto me commueve profundamente.

El señor abad, que siente una grande y caritativa curiosidad por mi marido, y una especie de lastimosa simpatía por su espíritu tan lejano, me dijo francamente que M. Teste le inspiraba senti-

mientos muy difíciles de coordinarse entre ellos. Me dijo el otro día: *¡Los rostros de su señor marido son innumerables!*

Lo encuentra un «monstruo de aislamiento y de conocimiento singular», y lo define, contra su gusto, como un orgullo de esos que nos escudan de los vivos, y no solamente de los vivos actuales, sino de los que viven eternamente —un orgullo que sería completamente abominable y casi satánico si ese orgullo no estuviera, dentro de esa alma demasiado ejercitada, tan ásperamente vuelto contra sí, y no se supiera tan exactamente que el mal, tal vez, se encuentra en él como irritado en su principio.

«Se abstraía horriblemente del bien», me dijo el abad, *«pero se abstraía felizmente del mal... Hay en él no sé qué espantosa pureza, qué desapego, qué fuerza y qué luz incontestables. Jamás he observado semejante ausencia de turbación y de dudas en una inteligencia tan profundamente trabajada. ¡Es terriblemente tranquilo! No se le puede atribuir ningún malestar de alma, ninguna sombra interior —y, por otro lado, nada que provenga de los instintos de temor o de codicia. Pero tampoco nada que se oriente hacia la Caridad.»*

«Su corazón es una isla desierta... Toda la extensión, toda la energía de su espíritu lo rodean y lo defienden; sus profundidades lo aislan y lo preservan de la verdad. Se enorgullece de encontrarse muy bien solo... Paciencia, querida señora. Quizá, algún día, encuentre alguna huella sobre la arena... ¡Qué feliz y santo terror, qué saludable espanto cuando reconozca, en ese vestigio puro de la gracia, que su isla se encuentra misteriosamente habitada...!»

Dije entonces al señor abad que mi marido me hacía pensar muy a menudo en una *mística sin Dios...*

—*«¡Qué brillantez!»*, dijo el abad, —*«¡qué claridad extraen algunas veces las mujeres de las simplicidades de sus impresiones y de las incertidumbres de su lenguaje...!»*

Pero en seguida, y para sí, replicó:

—*«¡Mística sin Dios!... ¡Luminoso sinsentido!... ¡Y con qué prontitud expresado!... Falsa claridad... ¡Una mística sin Dios, señora,*

sólo es concebible para quien no posea una dirección o un sentido, y para quien, en fin, no vaya a ninguna parte!... ¡¿Por qué no un Hipogrifo, un Centauro?!

—¿Por qué no una Esfinge, señor abad?

Por otra parte, es cristianamente reconocida en M. TESTE La libertad que me otorga para practicar mi fe y entregarme a mis devociones. Tengo absoluta licencia para amar y servir a Dios, y puedo felizmente repartirme entre mi Señor y mi querido esposo. M. Teste solicita algunas veces que le hable de mis oraciones, que le explique lo más exactamente que pueda cómo penetro, me aplico y me apoyo en ellas; quiere saber si me concentro en ellas tan sinceramente como lo muestro. Pero apenas he comenzado a buscar las palabras en mi memoria, él se anticipa, se interroga a sí mismo y, poniéndose prodigiosamente en mi lugar, me dice tales cosas acerca de mis rezos, hace tales precisiones sobre ellos, que los ilumina, de alguna manera los reúne en su secreta elevación —y que sea él quien me transmita la disposición y el deseo de ellos...! Hay en su lenguaje no sé qué poder de hacer y ver y comprender lo que poseemos de más oculto... Y, sin embargo, son los suyos propósitos humanos, sólo humanos; ¡no son sino formas muy íntimas de la fe reconstituida por artificio y articulada maravillosamente a través de un espíritu de profundidad y audacia incomparables! Se diría que ha explorado fríamente el alma fervorosa... Pero él queda despavorido ante esta recomposición de mi corazón ardiente y de su fe, de su esencia que es *esperanza*. No hay ni un grano de esperanza en todos los fundamentos de M. Teste, y ello se debe a que encuentro un cierto malestar en ese ejercicio de su poder.

Poco más puedo decirle hoy. No le pido que me excuse por haber escrito tan extensamente, ya que usted así me lo había solicitado y me confiesa una avidez insaciable por conocer todos los hechos y gestos de su amigo. Sin embargo, es preciso acabar. Es hora del paseo diario. Me pondré el sombrero. Caminaremos

pausadamente por las callejuelas pedregosas y tortuosas de esta vieja ciudad que usted ya conoce. Vamos, en fin, a donde a usted le gustaría ir si estuviera aquí, a ese antiguo jardín donde toda la gente con reflexiones, desvelos y monólogos acude por la tarde, como el agua desciende al río, y se reencuentran necesariamente. Son sabios, amantes, ancianos, desengañados y sacerdotes, todos los *ausentes* posibles, y de todo género. Se diría que buscan sus mutuos olvidos. Debe gustarles verse sin conocerse, y sus amarguras separadas están acostumbradas a encontrarse. Uno arrastra su enfermedad, otro es presa de su angustia; son sombras que huyen; pero no hay ningún otro lugar para huir de allí que éste, donde la misma idea de la soledad atrae irresistiblemente a cada uno de todos esos seres absortos. Llegaremos en seguida a ese lugar digno de los muertos³³. Es una ruina botánica. Estaremos allí poco antes del crepúsculo. Véanos, caminando despacio, entregados al sol, a los cipreses, al canto de los pájaros. El viento es frío al sol; el cielo, demasiado bello, a veces me oprime el corazón. Toca a misa la catedral escondida. Aquí y allá, hay estanques circulares y alzados³⁴ que me llegan a la cintura. Están llenos hasta el brocal de un agua negra e impenetrable sobre la que flotan las enormes hojas de la *Nymphaea Nelumbo*, y las gotas que se aventuran sobre estas hojas ruedan y brillan como mercurio. M. Teste se distrae con esas gruesas gotas vivas, o bien se desplaza lentamente entre las amelgas de etiquetas verdes donde los especímenes del reino vegetal

(33) Elizondo traduce aquí *morts* (Valéry, pág. 54) por «palabras» (Pág. 70). Evidentemente ha leído mal y, para enmendar su error, lo agranda y lo agrava, pues añade, inventándolo, el sintagma «que lo describen».

(34) No traduce (en pág. 71) *surhaussés* (Valéry, pág. 54).

están más o menos cultivados. Goza de este orden bastante ridículo y se complace en deletrear nombres barrocos:

Antirrhinum Siculum
jjjSolanum Warscewiczii!!!

O este *Sisymbriifolium*; ¡qué jerga!... jjjY los *Vulgare*, y los *Asper*, y los *Palustris*, y los *Sinuata*, y los *Flexnosum*, y los *Proealtum*!!!

—*Es un jardín de epítetos*, dijo el otro día; *jardín diccionario y cementerio...*

Y tras una pausa, se dijo: «*Morir doctamente... Transiit classificando*»

Reciba, señor y amigo, nuestro agradecimiento y nuestros mejores recuerdos.

ÉMILE TESTE

RESÚMENES DEL LOG-BOOK³⁵

DE MONSIEUR TESTE

(35) Elizondo no respeta la denominación original inglesa (*Log-Book*), voz que Valéry emplea consecuentemente en inglés; de no ser así, hubiese acudido a la correspondencia francesa *Loch*.

Una oración de M. Teste: Señor, yo estaba en la nada, infinitamente anulado y tranquilo. He sido alterado por este estado para ser arrojado a un extraño carnaval... y por vuestros cuidados fui dotado de todo lo necesario para padecer, gozar, comprender y equivocarme; pero esos dones desiguales.

Os considero el dueño de ese negro que miro cuando pienso y en el que se inscribiría el último pensamiento. Dadme, oh Negro, dadme el pensamiento supremo... Pero todo pensamiento, generalmente cualquiera, puede ser «supremo pensamiento.»

Si fuese de otro modo, si en él hubo uno *supremo en sí y por sí*, podríamos encontrarlo por medio de la reflexión o al azar; y, siendo hallado, deberíamos morir. Se trataría de poder morir a causa de cierto pensamiento, sólo porque carece de un pensamiento siguiente.

Confieso que he construido un ídolo de mi espíritu, pero no he encontrado otro. Lo he tratado con ofrendas, con injurias. No como algo mío. Pero...

Analogía de la palabra de De Maistre acerca de la conciencia de un hombre honesto. No sé lo que es la conciencia de un idiota, pero la de un hombre de talento está llena de idioteces.

No sé tal cosa; no puedo comprender tal cosa, pero *sé*, Portius, quién la posee. Poseo mi Portius, a quien manejo en tanto que hombre y quien contiene lo que no sé.

Hay personajes que sienten que sus sentidos los separan de lo real, del ser. En ellos, este sentido *infecta* a sus otros sentidos.

Lo que veo me ciega. Lo que escucho me ensordece. Lo que sé me vuelve ignorante. Ignoro en la misma medida que sé. Esta iluminación constituye una venda delante de mí y recubre además una noche o una luz... ¿Qué más? Aquí el círculo se cierra debido a ese extraño trastorno. El conocimiento como una nube sobre el ser; el mundo brillante como nube en el ojo y opacidad.

Destruid todo lo que veo en él.

Querido señor, está usted perfectamente «desprovisto de interés». Pero no su esqueleto, ni su hígado, ni vuestro cerebro mismo. Ni su estúpido aspecto, ni esos ojos tardíos —y todas sus ideas. ¡Que no pueda conocer siquiera el mecanismo de un idiota!

No estoy hecho para las novelas ni para los dramas. Sus grandes escenas, cóleras, pasiones, momentos trágicos, lejos de exaltarme, me llegan como miserables escándalos, situaciones rudimentarias donde se liberan todas las majaderías, en las que el ser se simplifica hasta la idiotez y se ahoga en vez de nadar entre las circunstancias del agua.

No leo en el periódico ese drama ruidoso, ese acontecimiento que hace palpititar los corazones. ¿Adónde me conducirían, sino a nada más que al umbral mismo de esos problemas abstractos en el que ya estoy completamente situado?

Soy veloz o nada. Inquieto, explorador desenfrenado. A veces me reconozco en una visión particularmente personal y capaz de ser generalizada.

Estas visiones matan a las otras visiones que no pueden ser generalizadas —¿por defecto de capacidad en el vidente, por otra causa?

Resulta de ello un individuo ordenado según las capacidades de sus pensamientos.

Hombre siempre de pie sobre el cabo Pensamiento, hasta desencajarse los ojos en los límites o de las cosas, o de la visión...

Es imposible admitir la «verdad» de sí mismo. Cuando se la siente formarse (es una impresión), se forma al mismo tiempo otro *sí desacostumbrado...* del cual estamos orgullosos, del cual estamos celosos... (Es el colmo de la política interna).

Entre Yo claro y Yo confuso; entre Yo justo y Yo culpable, existen viejos odios y viejas conciliaciones, viejas renuncias y viejas súplicas.

Especie de oración particular:

«Agradezco esta injusticia, esta afrenta que me ha iluminado y cuya viva sensación me ha arrojado lejos de su ridícula causa, otorgándome también la fuerza y la sugerión de mi pensamiento de tal manera que al final mis trabajos han obtenido el beneficio de mi cólera; la búsqueda de mis leyes se ha aprovechado del incidente.»

¿Por qué amo lo que amo? ¿Por qué odio lo que odio?

¿Quién no tendría el deseo de invertir la tabla de sus ideas y de sus aversiones? ¿De modificar el sentido de sus inclinaciones instintivas?

¿Cómo es posible que yo sea a la vez como una aguja imantada y como un cuerpo indiferente?...

Yo contengo un ser menor, al cual me es necesario obedecer bajo pena desconocida, que está muerto.

Amar, odiar, se encuentran debajo.

Amar, odiar —me *parecen* azares.

Es lo que yo aporto de desconocido a mí mismo lo que me hace yo.

Es lo que tengo de inhábil, de incierto, lo que es auténtico de mí mismo.

Mi debilidad, mi fragilidad...

Las lagunas son mi base de partida. Mi incapacidad es mi origen.

Mi fuerza sale de vosotros. Mi movimiento oscila entre mi debilidad y mi fuerza.

Mi miseria real engendra una riqueza imaginaria; y soy esta simetría; soy el acto que anula mis deseos.

Hay en mí alguna facultad, más o menos ejercitada, de juzgar e incluso de deber juzgar— mis inclinaciones y mis aversiones como puramente accidentales.

Si supiera más sobre ello, quizá vería una necesidad —en vez de este azar. Pero ver esta necesidad, también es distinto... Lo que me reprime no es yo.

Sométete por completo a tu mejor momento, a tu más grande recuerdo.

Es eso lo que es necesario reconocer como rey del tiempo.

El más grande recuerdo.

El estado al que debe reconducirte toda disciplina.

Ello, que te permite despreciarte, así como, precisamente, preferirte.

Todo en relación a Él, que instala en tu desarrollo una medida, grados.

Y si ello es debido a alguna otra cosa que tú, niégalo y conócelo.

Centro de energía, de desprecio, de pureza. ¡Yo me sacrifico interiormente a lo que querría ser!

La idea, el principio, el relámpago, el primer momento del primer estado, el salto, el brinco fuera del resultado... Para otros las disposiciones y ejecuciones. Arroja allí la red. En este lugar del mar conoceréis. Adiós.

...Antiguo deseo (apuntador periódico, aquí estás de nuevo) de reconstruir todo en materiales puros: nada más que elementos definidos³⁶, sólo contactos y contornos destacados, sólo formas logradas, y nada vago.

(36) A continuación de éste figura, entre comas, en la edición de 1929, el sintagma siguiente: «rien que de relations nettes», abolido en la edición de 1946.

Meditaciones sobre su ascendencia, sobre su descendencia.

Singularidad de esos ecos del UNO.

¡Bien, este bloque de mi yo encuentra partes fuera de él!

...Esta manera de mirar que me retiene por completo, que presagia, prepara en una cierta sonrisa todo mi explícito pensamiento —este cuidado de la *Cosa* entre el pliegue del ángulo izquierdo de mi boca y las presiones de los párpados y las torsiones de los motores del ojo—, este acto esencial de mí, esta definición, esta singular condición existe sobre este otro rostro, sobre este rostro de algún muerto, sobre éste, aún sobre este otro en diversas edades, épocas —¡Ah! estoy seguro— esos ejemplares no han experimentado las mismas cosas; muy diversas sus experiencias y sus ciencias...³⁷ pero —¡no importa! *no se confunden entre ellos*. Se adivinan.

Admirable parentesco matemático de los hombres —¿Qué decir de esa selva de relaciones y correspondencias? (No poseemos ni siquiera la mitad de las palabras que los romanos tenían para hablar de ello) ¡Qué mezclas y qué proliferaciones!

Siento infinitamente el poder, el querer, porque siento infinitamente lo informe y el azar que los baña, los tolera y tiende a recuperar su fatal libertad, su figura indiferente, su nivel de igual oportunidad³⁸.

(37) No traduce Elizondo (pág. 83) *et leurs sciencies....* (Valéry, pág. 67).

(38) Este párrafo figura, en la edición de 1929, como sexto párrafo del apartado «CONJUNTO».

CONJUNTO

Otro, mi caricatura, mi modelo, los dos.

Otro que yo inmolo justamente al silencio; que quemo bajo la nariz de mi *jalma*!

¡Y yo! que desgarro, y que nutro con su propia sustancia siempre mas-ti-ca-da, ¡único alimento para que crezca!

Otro que amo débil; que, fuerte, adoro y bebo —te prefiero inteligente y pasivo... a menos que —rareza— y hasta que, quizá, otro *Mismo* parezca una respuesta precisa...

Entre tanto, ¡qué importa el resto!

¿En qué este mediodía, esta falsa luz, este hoy, estosconocidos accidentes, estos documentos, todo este cualquiera se distingue de otro todo, de otro *anteayer*? Los sentidos no son bastante sutiles para apreciar que se han producido cambios.

Sé con seguridad que no es el mismo día, pero sólo lo sé.

No son bastante sutiles, mis sentidos, para destruir esa obra tan delicada o tan profunda que es el pasado; no son bastante sutiles para que yo distinga que este lugar o ese muro no son idénticos, tal vez, a lo que eran el otro día.

POEMA

(traducido del lenguaje Self)

¡Oh Espíritu mío!
Pero advierto, o espíritu mío,
¡Que os amaba tanto ya!

Tal vez iba a amaros,
¡Oh Espíritu mío!
Pero advierto, oh espíritu mío,
¡Que te amaba de otra forma ya!

Tú te haces recordar de ti, pero no de otros
Y llegas a ser siempre más parecido que a ningún otro,
Más de otro modo el mismo, y más mismo que yo.
¡Oh Mío —pero que no eres todavía
enteramente Yo!

SI EL YO PUDIERA HABLAR

¡Qué mayor injuria que un elogio! ¡Se atreven a aplaudirme!
¿No estoy yo por encima de toda cualificación? Esto es lo que
diría un Yo, si él mismo se atreviera.
Y si el Yo pudiera hablar (Estrillo).

EL RICO DE ESPÍRITU

Este hombre tenía dentro de sí tales posesiones, tales perspectivas; estaba hecho de tantos años de lecturas, de refutaciones, de meditaciones, de combinaciones internas, de observaciones, de tales ramificaciones, que sus respuestas eran difíciles de prever, que él mismo ignoraba en qué desembocaría, qué aspecto, en fin, le sorprendería, qué sentimiento prevalecería en él, qué claves y qué simplificación inesperada se engendrarían, qué deseo nacería, qué réplica, qué lucidez.

Acaso había alcanzado esa extraña situación de no poder contemplar su propia decisión o respuesta interior más que bajo el aspecto de un expediente, sabiendo con certeza que el desarrollo de su atención sería infinito y que la *idea* de finalizarlo no tiene ningún sentido en un espíritu que se conoce bastante bien. Se encontraba en el grado de *civilización interior* en que la conciencia ya no soporta juicios que ésta no acompañe de su cortejo de modalidades y que no descance (si le es dado a la conciencia descansar) más que en el sentimiento de sus prodigios, de sus ejercicios, de sus sustituciones, de sus innumerables precisiones.

...En su cabeza, en la que tras los ojos cerrados se sucedían curiosas rotaciones —cambios tan variados, tan libres y, sin embargo, tan limitados—, luces como las que produciría una lámpara transportada por alguien que visitara una casa, en la cual se verían las ventanas en la noche, como ferias alejadas, fiestas nocturnas, pero que podrían convertirse en estaciones y en báncanales si pudiéramos aproximarnos a ellas —o en espantosas desgracias—, o en verdades y revelaciones...

Es algo así como el santuario y el lúpanar de las posibilidades.

El hábito de meditación hacía vivir a este espíritu en el centro —por medio— de raras situaciones; en una suposición perpetua de experiencias puramente ideales; en el continuo uso de condiciones-límite y de fases críticas del pensamiento...

Como si las rarefacciones extremas, los vacíos desconocidos, las hipotéticas temperaturas, las presiones y las cargas monstruosas hubieran sido sus recursos naturales —como si nada pudiera ser pensado en él que él no sometiera por eso mismo al más enérgico tratamiento, y no investigara todo el dominio de su existencia.

Esa elegancia, y a veces ese talento de la *trascendencia* (entiendo por trascendencia una incoherencia *real*, más verdadera que cualquier coherencia propuesta, con la sensación de ser lo que pasa *inmediatamente* de una cosa a otra, de atravesar en alguna forma los más diversos órdenes —órdenes de grandeza... puntos de vista, extrañas acomodaciones...—) Y esos bruscos retornos a sí mismo, atravesando lo que sea; y esas miradas bíidas, esas atenciones trípodes, esos contactos dentro de otro mundo de cosas separadas en *el suyo*... Soy yo.

Desprecia tus pensamientos, del mismo modo que ellos prescinden de sí mismos ¡Y vuelven a prescindir!

EL JUEGO PERSONAL

Reglas del juego

La partida se gana si uno se siente digno de su aprobación.

Si la partida ganada lo ha sido por cálculo con voluntad, sucesión y lucidez, la ganancia es la máxima posible.

EL HOMBRE DE VIDRIO

«Tan recta es mi visión, tan pura mi sensación, tan torpemente completo mi conocimiento, y tan hábil, tan clara mi presencia, y mi ciencia tan completa que me penetra desde el extremo del mundo hasta mi verbo silencioso, y de la *cosa* informe que se

desea, alzándose a lo largo de conocidas fibras y centros ordenados, me *soy*, me respondo, me reflejo y me repercuto, tiemblo en el infinito de los espejos —soy de vidrio.»

Mi soledad —que no es sino el fracaso de muchos años, de *amigos* largamente, profundamente tratados; de conversaciones íntimas, diálogos sin preámbulos, sin otras delicadezas que las más raras—, me cuesta cara. Vivir no es sino vivir con objeciones, con esa resistencia viva, esa presa, esa otra persona, adversario, resto individualizado del mundo, obstáculo y sombra del yo —otro yo—, inteligencia rival, irreprimible —enemigo el mejor amigo, hostilidad divina, fatal—, íntimo.

Divina, pues supuesto un dios que os impregna, penetra, domina infinitamente, infinitamente adivina —su gozo de ser combatido por su criatura, que intenta imperceptiblemente existir; se separa... Devorarla y que renazca; un gozo común y un engrandecimiento.

Si conociéramos, no hablaríamos —no pensaríamos, no nos hablaríamos.

El conocimiento es extraño al ser mismo —Él se ignora, se interroga, se hace responder...

¿De qué he sufrido más? Quizá de la costumbre de desarrollar todo mi pensamiento —de ir hasta el fin en mí.

Desprecio vuestras ideas por comprenderlas con toda claridad y casi como el ornamento fútil de las mías; las veo como se ve en plena agua pura, dentro de un vaso de vidrio, a tres o cuatro peces rojos hacer, circulando, descubrimientos siempre ingenuos y siempre los mismos.

No soy necio porque todas las veces que me encuentro necio
me niego —me mato.

Asqueado de tener razón, de hacer lo que obtiene el éxito, de
la eficacia, de los métodos, quiero experimentar otra cosa.

CARTA DE UN AMIGO

NOTA DEL EDITOR

Habiendo admitido algunos grandes talentos, aunque sin pruebas materiales, que la carta adjunta había sido dirigida a M. Teste por un amanuense de alguno de sus amigos, se ha creído oportuno incluirla en esta breve selección epistolar, la cual podía prescindir de ella como ella de él.

Amigo mío, aquí estoy lejos de usted. Nos hablábamos, y le escribo. Es, *si se quiere*, algo muy extraño.

Comprobará que estoy dispuesto a maravillarme.

El mismo retorno a este París, tras una prolongada ausencia, se me ha aparecido bajo una especie de metafísica —No hablo solamente del regreso material, negro sacrificio de una noche entre el trágico y las brusquedades. —El cuerpo inerte y vivo se abandona a los cuerpos muertos y móviles que lo transportan. El expreso tiene una idea fija que es la ciudad. Se es cautivo de su ideal³⁹ el juguete de su monótono furor. Es necesario sufrir muchos golpes dados al azar, y esos ritmos y esas rupturas, esos redobles y quejidos mecánicos —todo el alboroto arrebatado de no sé qué fábrica de velocidad. Nos emborrachamos de fantasmas que giran, de imágenes derramadas en la nada, de luces arrancadas. El metal que forma el camino en la sombra hace imaginar que el Tiempo personal y brutal ataca y disgrega la dura y profunda⁴⁰ distancia. Sobreactivado, abrumado por la sevicia, el cerebro, por sí mismo y sin que se sepa, engendra necesariamente toda una literatura moderna...

(39) Traduce Àlex Susanna: «Hom és captiu del seu ideal», etc. (Pág. 151) A mi juicio, es incorrecto, aquí, atribuir al genérico ‘hombre’ el cautiverio de su propio ideal. Lo que Valéry más bien dice es que «se es cautivo del ideal del tren», como lo atestiguan los enunciados comparativos posteriores (Valéry: *Le rapide a une idée fixe... On est le captif de son idéal...* —págs. 77-78—).

(40) No traduce Elizondo (pág. 96) *dure et profonde* (Valéry, pág. 78).

A veces la sensación se hace estacionaria. El conjunto de dificultades no lleva a nada. El total del desplazamiento se compone de una infinidad de repeticiones; cada instante llega a convencer al otro de que jamás se alcanzará...

¿Quizá la eternidad y el infierno son las ingenuas expresiones de algún viaje inevitable? A fuerza, no obstante, de tanta agitación de nuestros huesos y de nuestras ideas en las tinieblas, el sol y París abandonan por fin el juego.

Pero el ser del espíritu —*el hombrecillo que se encuentra dentro del hombre* (y que se supone siempre en la grosera idea que tenemos del conocimiento)— opera aparte su cambio de presencia. En absoluto circula como la conciencia, en una fantasmagoría de visiones y un tumulto de fenómenos. Viaja según su naturaleza, y en *su naturaleza misma*⁴¹. En mucho me estimaría si supiera representarme su manera de actuar. Si supiera describírsela, esa autoestima aumentaría en mí⁴² hasta el infinito. Pero ésta no es la cuestión...

Me figuro pues, como mejor puedo, que la sensación del cambio de nuestra permanencia va acompañado de alguna sustancia desconocida y que nos resulta esencial, de una tarea de liberación y de renovación sutiles. Es una clasificación profunda que se transforma. Apenas decidida la partida, y mucho antes de que el cuerpo se disponga a ella, la sola idea de que todo va a cambiar a nuestro alrededor comunica a nuestro sistema oculto⁴³ una modificación misteriosa. Al sentir la marcha, todas las cosas aún tangibles pierden casi inmediatamente su existencia próxima.

(41) Susanna olvida traducir completamente (en pág. 153) este sintagma: «Viaja según su naturaleza, y en su naturaleza misma» (Valéry, págs.78-79: *Il voyage selon sa nature, et dans sa nature même*).

(42) Elizondo (pág. 97) no traduce *en moi* (Valéry, pág. 79).

(43) Y tampoco traduce (*ibidem*) *caché* (Valéry, *ibidem*).

Son como golpeadas en los poderes de su presencia, y de ellas algunas se desvanecen. Todavía ayer estaba usted a mi lado y había dentro de mí una secreta persona dispuesta ya a no verle durante mucho tiempo. Ya no le encontraba en un tiempo cercano, y, sin embargo, le estrechaba la mano. Usted me parecía animado de ausencia, y como condenado a no tener jamás futuro inminente. Lo miraba de cerca, y lo veía lejos. Sus mismas miradas carecían de duración. Me parecía como si hubiera entre usted y yo *dos distancias*; una todavía insensible, otra ya inmensa, y no sabía cuál de ellas debía tomar por más real...

He observado, durante el trayecto, alterarse las esperas de mi alma. Algunos resortes se calman, otros se igualan. Nuestras previsiones inconscientes, nuestras eventuales sorpresas, cambian sus posiciones profundas. Si volviera a encontrarlo mañana, me llevaría una tremenda sorpresa...

De repente me encuentro en París, algunas horas antes de estar allí. Retomaba sensiblemente mis duendes parisinos que se habían disipado levemente en mis viajes. Se habían reducido a recuerdos. Volvían a ser ahora valores vivos y fuentes que deben utilizarse en todo momento.

¡Qué demonio el de la analogía abstracta! —Usted sabe cómo me atormenta a veces! Me sugiere comparar esa alteración indefinible que me invade con un cambio bastante brusco de ciertas *probabilidades* mentales. Semejante respuesta, semejante movimiento, semejante acción de nuestro rostro, que son en París los efectos instantáneos de nuestras impresiones, ya no nos resultan tan naturales cuando nos retiramos al campo o nos sumergimos en un medio suficientemente alejado. Lo espontáneo ya no es lo mismo. No estamos dispuestos a responder más que a lo que es *probablemente vecino*.

Se extraerían de ello curiosas consecuencias. Un físico atrevido⁴⁴, que diera cabida a los vivos —e incluso a los corazones— en sus proyectos, se arriesgaría quizá a definir un alejamiento por medio de cierta distribución interior...

Tengo un gran temor, mi viejo amigo, de que no estemos hechos de muchas de las cosas que nos ignoran. Y es por ello por lo que nosotros nos ignoramos. Si hay un infinito, toda meditación es vana...

Sentía, pues, reponerme por otro sistema de vida, y reconocía mi entorno como una especie de sueño de ese mundo al que regresaba. Una ciudad donde la vida verbal es más poderosa, más diversa, más activa y caprichosa que en ninguna otra, se preparaba dentro de mí a través de la idea de una confusión centelleante. El duro murmullo del tren prestaba a mi distracción ilustrada el acompañamiento del rumor de una colmena.

Me parecía que nos acercábamos a una nube de murmuración. Mil nimbos en evolución, mil títulos de obras por segundo aparecían, perecían indistintamente en esa nebulosa creciente. No sabía si veía o si escuchaba esa agitación insensata. Había escritos que gritaban, palabras que eran hombres, y hombres que eran nombres... Ningún lugar sobre la tierra, pensaba, donde la lengua tenga más frecuencia, más resonancia, menos reserva que en este París donde la literatura, la ciencia, las artes y la política de un gran país están celosamente concentradas. Los franceses han amontonado todas sus ideas dentro de un cerco. Vivimos ahí en nuestro fuego.

44 Elizondo traduce *hardi* (Valéry, pág. 81) por «usado» (!) (pág. 99). Podría tratarse de una errata por «osado», aunque, si fuera éste el caso, error tan serio debió ser advertido y reparado.

Decir; re-decir; contradecir; predecir; maldecir... Todos estos verbos juntos⁴⁵ me resumían el zumbido del paraíso de la palabra.

¿Hay algo más fatigoso que concebir el caos de una multitud de ingenios?

Cada pensamiento en ese tumulto encuentra su análogo, su contrario, su antecedente y su consecuente. Tantas similitudes, tanta imprevisión lo desalientan.

¿Imagina usted el desorden incomparable que mantienen diez mil seres esencialmente singulares? Piense en la *temperatura* que puede producir en ese lugar un número tan grande de *amores propios* que en él se contrastan. París encierra y combina, consuma y consume a la mayor parte de los⁴⁶ brillantes desafortunados cuyos destinos han recurrido a las *profesiones delirantes*. Llamo así a todos esos oficios cuyo principal instrumento es la opinión que se tiene de sí mismo⁴⁷ y cuya materia prima es la opinión que los otros tienen de los demás. Las personas que los ejercen, consagradas a una eterna candidatura, se encuentran necesariamente afligidas siempre por un cierto delirio de grandeza que algún delirio de la persecución atraviesa y atormenta sin descanso. En este pueblo de únicos reina la ley de hacer lo que ninguno ha hecho jamás y lo que jamás hará. Es al menos la ley de los *mejores*, es decir, de los que tienen el valor de desear francamente algo absurdo. Viven sólo para obtener y volver durable la ilusión de ser únicos —ya que la superioridad no es más que una soledad situada en los límites actuales de una especie. Cada uno funda su existencia en la inexistencia de los otros, pero a los que es necesario arrebatarles el consentimiento de que no existen... Observe bien que no hago más que deducir lo que está envuelto en lo que se ve. Si duda, busque

(45) No traduce (Elizondo, pág. 100) *ensemble* (Valéry, pág. 82).

(46) Añade «hombres» (pág. 101), inexistente en el original.

(47) Ignora traducir (en pág. 101) *dont le principal instrument est l'opinion que l'on a de soi-même* (Valéry, pág. 82).

entonces a qué tiende una tarea que debe no poder ser hecha en absoluto más que por un individuo determinado y que depende de la particularidad de los hombres. Piense en la verdadera significación de una jerarquía fundada en la rareza. Me divierto a veces con una imagen *física* de nuestros corazones, que están íntimamente hechos de una enorme injusticia y de una pequeña justicia combinadas. Imagino que en cada uno de nosotros hay un átomo importante entre nuestros átomos, y constituido por dos *granos de energía* a quienes gustaría separarse. Son energías contradictorias pero indivisibles. La naturaleza las une para siempre, aunque son furiosamente enemigas. La una es el eterno movimiento de un gran *electrón positivo*, y este movimiento⁴⁸ engendra una serie de sonidos graves en los que la oreja interior distingue sin esfuerzo una profunda frase monótona: *Sólo existo yo. Sólo Existo yo. Sólo existo yo, yo, yo, yo...* En cuanto al pequeño electrón radicalmente *negativo*, grita en el máximo tono agudo, y atraviesa y vuelve a atravesar⁴⁹ de la manera más cruel el tema egotista⁵⁰ del otro. *Sí, pero existe un igual... Sí, pero existe un igual... Igual, igual, igual.* ¡Y tal otro!, ya que el nombre cambia con bastante frecuencia.

Extraño reino en el que todas las cosas bellas que en él se producen son un amargo sustento para todas las almas menos una. Y cuanto más bellas son, son más amargamente resentidas.

Aún más. Me parece que cada mortal posee muy cerca del centro de su máquina, y en un destacado lugar entre los instrumentos de navegación de su vida, un pequeño aparato de increíble sensibilidad que le indica el estado del amor hacia sí mismo. Lee en él que se le admira, que se le adora, que se le desprecia, que se le borra de la existencia. Y algún *índice vivo*, que tiembla en el cuadrante

(48) En la edición de 1929, «movimiento inagotable...»

(49) Traduce Elizondo *percer* (Valéry, pág. 84) por «trastocar» (?) (Pág. 103).

(50) Y *égotiste* (Valéry, *ibidem*) (=egotista: hablar continuamente de sí mismo) por «egoísta» (*ibidem*) (inmoderado y excesivo amor a sí mismo). El matiz es suficientemente diferenciador; no es de significado análogo.

secreto, vacila terriblemente corriendo entre el cero de una bestia y el máximo de ser un dios.

Bien, mi entrañable amigo, si quiere comprender algo en provecho de las cosas, es necesario considerar que un aparato tan vital y tan delicado es el juguete del primero que llega.

Y, sin duda, existen hombres extraños en los que esa aguja oculta señala siempre el punto opuesto al que se apostaría que indicó. Se odian en el instante mismo de la estima universal, y *al contrario en el⁵¹ contrario*. Pero sabemos que no hay leyes totalmente cumplidas. No hay más que aproximadamente.

Y el tren no dejaba de correr, dejando atrás violentamente álamos, vacas, hangares, y todas las cosas terrestres, como si tuviera sed, como si corriera hacia el puro pensamiento o a juntarse con alguna estrella. Qué fin supremo puede exigir un éxtasis tan brutal, y un rechazo tan vivo de paisajes de todos los diablos.

Nos acercábamos al nubarrón. Unos nombres se iluminaban⁵². El cielo se llenaba de meteoros políticos y literarios. Las sorpresas crepitaban. Balaban los dulces, los agrios maullaban, los gordos mugían, rugían los flacos.

Los partidos, las escuelas, los salones, los cafés, todo se dejaba oír. El aire ya no bastaba, el éter se cargaba de mensajes. Ensordecía el sonido metálico de un duelo cuyas espadas eran relámpagos, y muchas necesidades se propagaban hasta las extremidades del mundo a la velocidad de la luz.

(51) Elizondo se inventa el término «caso» (pág. 104). Valéry dice, con el sentido de «lo opuesto» u «oponente», *au contraire dans le contraire* (pág. 85); con la intromisión de «caso», Elizondo desvirtúa el significado conceptual de la propuesta de Teste, significado, por otra parte, muy arraigado en los estudios sociológicos y científicos de las primeras décadas de este siglo por influjo, sobre todo, de las tesis marxistas, que reactualizaron la vieja propuesta de Heráclito resumida en su célebre frase, la que afirma la identidad de las dos Vías: la que lleva hacia lo alto y la que va hacia abajo: ὁδός ἀυτων κάτω μία καὶ ὑπερνή. Por otro lado, no olvidemos que buena parte de su vida la empleó Paul Valéry, tras un doloroso fracaso sentimental, en el estudio de la física de partículas.

(52) La edición de 1929 incluye el sintagma «otros palidecían», en ésta abolido.

Le ruego me excuse por este abuso que hago del imperfecto de indicativo; pero es la *época* de la incoherencia y me doy cuenta de que estoy a punto de pintarle —si es que esto es una pintura— la más grande incoherencia concebible. Le añadiría algunos trazos enmedio de algunos otros *imperfectos*.

Veía en esencia el mercado, la bolsa, el bazar occidental de los cambios de fantasmas. Me ocupaba de los prodigios de lo instable, de su sorprendente duración, de la fuerza de las paradojas, de la resistencia de las cosas usadas... Todo se fingía. Las luchas abstractas tomaban forma de diabluras. La moda y la eternidad combatían. Lo retrógrado y lo progresista se disputaban el punto desde el que se cae. Las novedades incluso nuevas producían consecuencias muy antiguas. Lo que el silencio había fabricado se vendía a gritos... En fin, todos los posibles acontecimientos espirituales se producían rápidamente ante mi alma todavía semidormida. Era presa del terror, del asco, de la desesperanza y de una horrible curiosidad, contemplando, fatigada y confusa, el espectáculo ideal de esa inmensa actividad que se llama *intelectual*...

¿INTELECTUAL?

Esta palabra enorme que vagamente recordaba *bloqueó* claramente todo mi tren de visiones. ¡Qué cosa más singular que el choque de una palabra en una cabeza! Todo el caudal de la *falsedad* salta bruscamente a toda velocidad fuera de la línea de lo *verdadero*... ¿Intelectual?... No hay respuesta. No hay ideas, Árboles, discos, arpás infinitas sobre los hilos horizontales de los que volaban llanuras, castillos, chimeneas... Miraba dentro de mí con ojos extraños. Tropezaba en lo que acababa de crear. Aturdido en medio de los fragmentos de la inteligencia, encontraba inerte y como trastornada esa palabra grande que había causado la catástrofe. Era sin duda demasiado larga para las curvas de mi pensamiento...

—*Intelectual...* Cualquiera en mi lugar hubiera comprendido. ¡Pero yo...!

—Usted sabe, querido usted, que soy un espíritu de la más tenebrosa especie. Usted lo sabe por experiencia, y lo sabe mejor todavía por haberlo oído decir cien veces. No faltan personas doctas, benevolentes y bien dispuestas que esperan que se me traduzca al francés para leerme. Se querellan por ello contra el público, le exponen citas de mis versos en los que confieso que debe extraviarse... Incluso extraen una justa fama de no entender algo, lo que otros ocultarían. «*Modeste tamen et circunspecto judicio pronuntiandum est*», dijo Quintiliano en una cita que Racine ha puesto cuidado en traducir —«*ne quod plerisque accidit, damnent quae non intelligunt.*» Pero yo estoy desesperado de abrumar a esos aspirantes a lumbres. Sólo me atrae la claridad. ¡Ay, amigo de mí!, le aseguro que no encuentro en ella casi nada. Le digo esto al oído. No lo difunda. Guarde celosamente mi secreto. Sí, la claridad es para mí tan poco común que no veo en ella, en toda la extensión del mundo —y particularmente del mundo pensante y escribiente— más que en la proporción del diamante respecto a la masa del planeta. Las tinieblas que se me imputan son transparentes y vanas al lado de las que descubro un poco por todas partes. ¡Felices los demás, que están de acuerdo con sí mismos, que se comprenden perfectamente! Escriben, hablan sin temor. Usted comprende cómo envidio a todos esos humanos lúcidos cuyas obras hacen que se piense en la suave docilidad del sol dentro de un universo de cristal... Mi mala conciencia me sugiere a veces recriminarlos por defenderme. Esa conciencia me susurra que sólo existen los que no buscan nada, quienes no encuentran jamás la oscuridad, y que no es necesario ofrecer a la gente más que lo que sabe. Pero, en el fondo, me examino y es verdaderamente necesario que admita lo que dicen tantas personas distinguidas. Ciertamente, amigo mío, estoy hecho de un espíritu infeliz que jamás está seguro de haber comprendido lo que ha comprendido sin apercibirse de ello. Distingo bastante

mal aquello que es claro sin reflexión de lo que es positivamente oscuro... Esta debilidad es, sin duda, el principio de mis tinieblas. Desconfío de todas las palabras, pues la más breve meditación hace absurdo confiar en ellas. He llegado, ¡ay!, a comparar esas palabras por las que se atraviesa tan diestramente el espacio de un pensamiento con frágiles tablas arrojadas a un abismo, que soportan el tránsito y jamás la estación. El hombre en vivo movimiento recurre a ellas y se salva; pero que no se moleste en insistir, pues ese tiempo breve las destruye y todo se va a pique. Quien se estimula *ha comprendido*; no es necesario insistir: pronto se descubrirá que los más claros discursos están tejidos de términos oscuros.

Todo esto podría inducirme a grandes y sugestivos desarrollos de los cuales le dispenso. Una carta es literatura. Es una ley estrecha de la literatura en la que no es preciso profundizar. Es también una súplica general. Compruébelo.

Me encontraba pues en mi propio precipicio —que por ser mío no era menos precipicio. Me encontraba en mi propio abismo, incapaz de explicar a un niño, a un salvaje, a un arcángel —a mí mismo— esa palabra: *intelectual*, que no molesta a nadie.

No eran imágenes lo que me faltaban. Antes al contrario, en cada consulta a mi espíritu acerca de esa terrible palabra, el oráculo respondía a través de una imagen diferente. Todas eran ingenuas. Ninguna anulaba exactamente la sensación de no comprender. Me invadían jirones de sueño.

Componía figuras que llamaba «intelectuales». Hombres casi inmóviles que producían grandes movimientos en el mundo. U hombres muy animados cuyas vivas acciones de sus manos y de sus bocas manifestaban poderes imperceptibles y objetos invisibles en esencia... Le pido perdón por decirle la verdad. Veía lo que veía.

Hombres de pensamiento⁵³, Hombres de *letras*, Hombres de *ciencia*, *Artistas*. Causas, causas vivas, causas individualizadas, causas mínimas, causas contenido causas e inexplicables en sí mismas, y causas cuyos efectos eran tan vanos, pero a la vez tan prodigiosamente importantes, que *lo deseaba...* El universo de estas causas y de sus efectos existía y no existía. Este sistema de actos extraños, de producciones y de prodigios poseía una realidad poderosa y ninguna de una partida de cartas. Inspiraciones, meditaciones, obras, famas, talentos, dependía de cierta mirada el que estas cosas fueran casi todo, y de otra el que se redujeran a casi nada.

Después, un resplandor apocalíptico, creí entrever el desorden y la fermentación de toda una sociedad de demonios. Pareció, dentro de un espacio sobrenatural, una especie de comedia de lo que sucede en la Historia. ¡Luchas, facciones, triunfos, execraciones solemnes, ejecuciones, motines, tragedias en torno al poder! No había otros ruidos en esa República que escándalos, fortunas fulminantes o fulminadas, complotos y atentados. Había plebiscitos de cámara, coronaciones insignificantes, muchos asesinatos *a través de la palabra*. Sin hablar de los latrocinos. Todo este pueblo «intelectual» era como el otro. En él se encontraban puritanos, especuladores, prostituidos, creyentes que se asemejaban a impíos e impíos que aparecían ser creyentes; había falsos estúpidos y auténticos necios, y autoridades, y anarquistas, y hasta verdugos cuyas hachas repugnan de tanta tinta. Unos se creen sacerdotes y pontífices, otros profetas, otros céspedes, o mártires, o un poco de cada cosa.

(53) Valéry dice —y subraya— *pensée* (pág. 90), y no «ideas», como traduce Elizondo (pág. 90).

Algunos se tenían, hasta en sus actos, por niños o por mujeres. Los más ridículos eran los que se hacían a sí mismos jueces y ejecutores de la tribu. No parecían dudar de que nuestros juicios nos juzgan, y que nada nos descubre y expone nuestras debilidades con más ingenuidad que la actitud de juzgar al prójimo. Es un arte peligroso en el que los menores errores pueden atribuirse siempre al carácter.

Cada uno de esos demonios se miraba bastante a menudo en un espejo de papel; frente a él se consideraba el primero o el último de los seres...

Buscaba vagamente las leyes de ese imperio. La necesidad de entretenér, la necesidad de vivir, el deseo de sobrevivir, el placer de sorprender, de ofender, de amonestar, de enseñar, de despreciar, el aguijón de los celos, gobernaban, irritaban, excitaban, explicaban ese Infierno.

Yo mismo me he visto allí y bajo una apariencia mía desconocida que quizá mis escritos habían configurado. Usted no ignora, querido soñador, que en los sueños se llega a veces a un acuerdo *singular* entre lo que se ve y lo que se conoce; pero este acuerdo no se mantendría en estado de vigilia. *Veo a Pedro y sé* que es Santiago. Me descubrí, pues, aunque raramente y bajo otro rostro; no me reconocía más que en un dolor exquisito que me taladraba el corazón. Del fantasma o de mí, me parecía que uno de nosotros debió *desvanecerse*...

Adiós. No terminaría si quisiera darle a leer todo lo que llegó a animarme y confundirme en los últimos instantes de mi viaje. Adiós. Olvidaba decirle que fui sacado de todo esto por el pie de un duro inglés que aplastó el mío sin compasión; sin embargo, el tren negro y sudoroso se detenía. Adiós.

UN PASEO CON MONSIEUR TESTE

Me encuentro —verano, por la mañana, cerca de las once— en una acera repleta de ociosos, próxima a la Madeleine, donde tengo la costumbre de pasear, fumar, reflexionar sobre lo que dice el periódico, es decir, relatarse lo que no dice. En seguida me tropiezo con M. Teste que medita en sentido inverso sobre la misma línea fácil.

Abandonamos cada uno nuestras ideas. Nos juntamos y miramos el movimiento suave e incomprendible de la calle que arrastra sombras, círculos, construcciones fluidas, acciones ligeras, y que a veces trae a alguien más puro y delicado: un ser, un ojo o una preciosa bestia representando mil formas doradas y que juega con el suelo.

Bebemos el delicioso párrafo. Vemos la claridad manchada hacer sonreír a todos al azar; huir en una frente de mujer precoz que se desliza y se borda entre los coches ligeros y entre los otros acontecimientos. Una calle pálida, acantilado de sombra delicada en los balcones aterciopelados, se suspende, abrupta, de un cielo ligeramente afelpado de luz; y ante nosotros, sumergidos en el puro suelo inmenso de donde remonta el día, llegados los caminantes, se nos asemejan, y se dividirán al sol.

Escuchamos, con delicada oreja, la mezcla del ruido de la calle amplia, la cabeza llena de los abundantes matices del paso de los caballos espesos y del hombre interminable, que anima vagamente las profundidades, haciéndolos rodar como en sueños, una especie de número confuso cuya grandeza trepida y semeja los pasos, la muda opulenta del mundo, las transformaciones de los indiferentes los unos en los otros, el apresuramiento general de la multitud.

Nos callamos, nos fijamos, ansiosos de no ser un fragmento de multitud. Pero yo, el inmenso otro me apremia por todas partes. Respira por mí en su propia substancia impenetrable. Si río, es una parte de su pulpa encantada la que, no lejos de mi idea, se desternilla, y, a través de este cambio en mis labios, me siento súbitamente sutil.

No sé lo que es mío: ni siquiera esa risa, ni su resultado a medio pensamiento.

Lo que me vuelve único se mezcla en el vasto cuerpo y en el lujo pasajero de aquí; allá, semilla política, fluyen los individuos entre algunos individuos y, a través de mis reflexiones, una llama de aire y de hombres que se reemplaza infinitamente a sí misma, sopla, frustra, anticipa o constituye a veces precisamente mi pensamiento.

Un poder continuo de comienzo y de final consume seres, fragmentos de seres, dudas, frases que caminan, muchachas, un incesante caballo de color que arrebata toda la vista y hasta momentos aniquilados en un singular vacío...

DIÁLOGO O NUEVO FRAGMENTO RELATIVO
A MONSIEUR TESTE

El hombre es diferente de mí o de usted. Lo que piensa no es jamás eso en lo que piensa⁵⁴; el primero, al ser una forma con una voz; el otro, toma todas las formas y todas las voces. Por ello, ninguno es hombre, Monsieur Teste menos que nadie.

Tampoco era filósofo, ni nada parecido, ni siquiera literato; y por esto mismo pensaba mucho —pues cuanto más se escribe menos se piensa.

Siempre añadía algo más a algo que ignoro: quizá hacía más inmediata su manera de concebir: quizá se entregaba a la abundancia de la invención solitaria. Sea como fuere, permanece el ser más satisfactorio que he encontrado —es decir, el único individuo durable en mi espíritu.

Por *consiguiente*, no era ni bueno, ni malo, ni falaz, ni cínico, ni otra cosa; se limitaba a elegir: se trata del poder de hacer un momento y consigo un conjunto que agrada.

Poseía sobre los demás una ventaja que se otorgaba: la de tener una idea cómoda de él mismo, y, en cada uno de sus pensamientos, penetraba otro Monsieur Teste —un personaje bien conocido, simplificado, unido a lo verdadero en todos sus extremos... En suma, había sustituido a la vaga sospecha del Yo que altera todos nuestros propios cálculos y nos pone solapadamente en juego a nosotros mismos en nuestras especulaciones —que están marcadas—, un ser imaginario definido, un Sí Mismo bien determinado, o educado, seguro como un instrumento, sensible como un animal y compatible con todo, como el hombre.

(54) Elizondo traduce (pág. 123): «...en lo que *se* piensa», otorgando así una falsa atribución genérica con el uso del impersonal (en el original ausente). En realidad, la atribución correcta debe otorgarse al propio M. Teste, como lo hace Valéry: ... *n'est jamais ce à quoi «il» pense* (pág. 105).

Así Teste, armado de su propia imagen, conoce a cada instante su debilidad y sus fuerzas. Ante él, el mundo se componía en primer lugar de todo lo que sabía y de lo que le era propio —y esto no contaba—; después, en otro sí, el resto; y este resto podía o no podía ser adquirido, construido, transformado. Y no perdía el tiempo ni en lo imposible ni en lo fácil.

Una noche, me respondió: —«El infinito, querido amigo, no es gran cosa, es un asunto de escritura. *El universo sólo existe en el papel.*»

«Ninguna idea lo explica. Ningún sentido lo muestra. Se habla de él, y nada más.»

—Pero la ciencia, le dije, usa...

—«¡La ciencia! No hay más que sabios, querido amigo, sabios y momentos de sabios. Son hombres... ensayos, noches malas, bocas amargas, una excelente tarde lúcida. ¿Sabe cuál es la primera hipótesis de toda ciencia, la idea necesaria de todo sabio? *Que el mundo es mal conocido.* Sí. Luego se piensa a menudo lo contrario; hay momentos en que todo parece claro⁵⁵ —o, si lo prefiere, la ciencia se cumple. Pero a otras horas nada es evidente, no hay más que lagunas, actos de fe, incertidumbre; sólo se ven fragmentos y objetos irreductibles por todas partes.»

«Como todo esto lo vislumbramos más o menos, buscamos el medio de pasar, sin errar, del segundo estado al primero, y de transformar a voluntad el espíritu inquieto del momento en el poseedor tranquilo del dentro de un momento⁵⁶. Pero existe un poco de locura que concierne a este deseo.»

(55) Elizondo (pág. 125) incorpora (por si no nos había quedado claro) los sintagmas siguientes: «..., en que todo es pleno, sin problemas»; naturalmente, Valéry ha ignorado tal aclaración.

(56) Con sentido pretérito, Elizondo (pág. 126) traduce «de hace» («un rato») por el significado futuro, que es el correcto, «dentro de» (un momento) (Valéry, pág. 108: *de tout-à-l'heure*).

—Bien, repliqué yo. Sin embargo, de todos los casos posibles, ser, confiéselo, permanece extraño. Ser de una cierta manera es todavía más extraño. Es incluso molesto.

Y añadí, repitiendo lo que piensan todas las personas algo simples:

—Bueno, ¿qué es lo que hago aquí?

—«¡Eh!», dijo M. Teste, «usted se pregunta lo que hace aquí...»

—Insisto, ¿por qué? Lo más chocante es precisamente que uno se interroga a sí mismo. Por qué nos preguntamos...

—«Porque usted ha pensado en ello.»

—Usted se ríe de mí, se burla de mí.

—«Sin duda», dijo M. Teste.

—Volvamos, dije, al destino humano (y apenas hablé, me sentí un estúpido).

—«Me pregunto» —pensó en voz alta M. Teste— «en qué el *destino* (como usted dice) del hombre me interesa? Aproximadamente tanto como... la diosa Bárbara, de la que no había oído hablar jamás y cuyo nombre invento de repente. Es la misma cosa. En el fondo, ¿sólo podemos enardecernos con lo absurdo? No es esto lo que me interesa.»

—Ni el de los hombres verdaderamente superiores, dije para ponerme a salvo.

—«Estúpido» —gritó M. Teste— «no me compare con otros: en primer lugar, usted no me conoce, y además no conoce a los otros.»

«En cuanto al entusiasmo, ese rayo estúpido, aprenda a embotellarlo, a hacerlo correr sobre dóciles hilos. *Sepárelo* de los objetos ridículos en los que la multitud lo experimenta y lo ata. Ridículos, ya que son tales y cuales, y no los que usted desea. Arda, brille, pero sólo bajo su mandato, y, despreciando todo lo particular, extraiga fuerza de todas partes. Sin embargo, mil cosas son constantemente nulas, si se quiere. Su nada está a disposición... Cuidado, todos los necios apelan a la humanidad y todos los débiles a la justicia, estando, los unos y los otros, interesados en la confusión. Evitemos el rebaño y la balanza de esos Justos tan mal

educados; golpeemos sobre ellos, que quieren hacernos sus semejantes. Recuerde simplemente que entre los hombres no existen más que dos relaciones: la lógica o la guerra. Exija siempre pruebas, la prueba es la elemental cortesía —«Me pregunto» —pensó en voz alta M. Teste— «¿en qué el *destino* (como usted dice) del hombre me interesa? Aproximadamente tanto como... la diosa Bárbara, de la que no había oído hablar jamás y cuyo nombre invento de repente. Es la misma cosa. En el fondo, ¿sólo podemos enardecernos con lo absurdo? No es esto lo que me interesa.» — Ni el de los hombres verdaderamente superiores, dije para ponerme a salvo. —«Estúpido» —gritó M. Teste— «no me compare con otros: en primer lugar, usted no me conoce, y además no conoce a los otros.» «En cuanto al entusiasmo, ese rayo estúpido, aprenda a embotellarlo, a hacerlo correr sobre dóciles hilos. *Sepárelo* de los objetos ridículos en los que la multitud lo experimenta y lo ata. Ridículos, ya que son tales y cuales, y no los que usted desea. Arda, brille, pero sólo bajo su mandato, y, despreciando todo lo particular, extraiga fuerza de todas partes. Sin embargo, mil cosas son constantemente nulas, si se quiere. Su nada está a disposición... Cuidado, todos los necios apelan a la humanidad y todos los débiles a la justicia, estando, los unos y los otros, interesados en la confusión. Evitemos el rebaño y la balanza de esos Justos tan mal educados; golpeemos sobre ellos, que quieren hacernos sus semejantes. Recuerde simplemente que entre los hombres no existen más que dos relaciones: la lógica o la guerra. Exija siempre pruebas, la prueba es la elemental cortesía exigible. Si se rehúsa, recuerde que es usted atacado y que se le va a hacer obedecer por todos los medios. Se le tomará por la dulzura o por el atractivo de no importa qué, se apasionará por la pasión de otro; se le hará pensar lo que usted no había meditado y examinado; será enternecidado, cautivado, deslumbrado; extraerá consecuencias de premisas que se le habrán fabricado, e inventará, con algo de genio, todo lo que ya sabe de memoria...»

—Lo más difícil es ver lo que es, suspiré.

—«Sí» —dijo M. Teste—, «es decir, no confundir las palabras.

Es necesario sentir que las componemos como queremos, y a cada combinación que pueda formarse con ellas, no corresponde forzosamente cualquier otra cosa. Hay doscientas palabras que es preciso olvidar y, al escucharlas, traducirlas. Así, sería necesario que la palabra Derecho fuera borrada de todas partes y de las mentes, con objeto de que nadie se duerma.»

—Resulta penoso —respondí—; es duro. Basta de error, y este error me gusta. Y no acabamos...

PARA UN RETRATO DE MONSIEUR TESTE

Señores:

El término *aberración* con frecuencia se ha interpretado en mal sentido. Lo escuchamos desviado de su sentido habitual que se dirige hacia el peor, lo cual es un síntoma de alteración y de disgregación de las facultades mentales que se manifiesta por medio de perversiones del gusto, de propósitos delirantes, de prácticas extrañas, a veces delictivas. Pero en ciertas ramas de la ciencia esta misma palabra, conservando enteramente un cierto color patológico, puede designar algún exceso de vitalidad, una especie de desbordamiento de energía interna que desemboca en una producción anormalmente desarrollada de órganos o de actividad física o síquica. Así, la botánica habla de vegetaciones aberrantes y de que, en cierto sentido, la mayor parte de las especies vegetales que el hombre utiliza para sus necesidades, como el trigo, el viñedo, la rosa, etc..., son producto de procedimientos de cultivo inmemoriales que han fabricado variedades que pueden llamarse aberrantes, a pesar de su utilidad o de su belleza. Hemos creído un deber necesario preceder de estos datos el examen de un caso singular, bien conocido en el mundo de los sicólogos bajo el nombre de «caso M. Teste».

M. Teste nace del azar. Como todo el mundo. Todo el talento que posee o ha poseído le proviene de ese hecho.

No existe imagen definida de M. Teste. Todos los retratos difieren los unos de los otros. El hombre sin reflejo: Ese fantasma que es nuestro yo —lo que *se siente ser*— que está vestido con *nuestro peso*. Pensemos en el sentido de esta palabra: ¡Mi peso! ¡Qué posesivo...! Cómo distinguir este peso de la energía que hace de ella lo que es —pesado, ligero, etc... M. Teste es el testigo. Lo que en nosotros es producción de *todo y, por tanto, de nada* —la reacción misma, el retroceso mismo. Supuesto el ojo —ver lo opuesto a las vistas— toda vista avalada por lo que la destruye para la conservación de la facultad de ver —y no pudiendo ser más que por *consumación de posible* y recarga. De esto, suponer un individuo que de ello sea como la alegoría y el héroe.

Conscious —Teste, Testis. Supuesto un observador «eterno» cuyo papel se limita a repetir y volver a demostrar el sistema cuyo *Yo* es esa parte instantánea que se cree el Todo. El Yo jamás podría comprometerse si no creyera —ser todo. De repente la *suavis mamilla* que toca se convierte en cosa restringida a lo que es.

El sol mismo...

La «necedad» de todo se deja sentir. Necedad, es decir, particularidad opuesta a la generalidad. «Más pequeño que» se convierte en el signo terrible del talento. El Demonio de los posibles ordenados.

Hombre observado, acechado, espiado por sus «ideas», por su memoria.

El más completo de los transformadores síquicos que, sin duda, existió jamás.

Lo contrario de un loco (pero la *aberración* —tan importante en la naturaleza— llega a ser consciente), de ello, pues, volvía siempre más rica, llevando las disociaciones, las sustituciones, las similitudes a sus últimos extremos, pero con un regreso asegurado, una operación inversa infalible.

Todo se le presentaba como caso particular de su funcionamiento mental, y este funcionamiento mismo transformado en consciente, identificado con la idea o sensación que tenía de él.

En el límite del espíritu, el cuerpo. Pero en el límite del cuerpo, el espíritu.

El dolor buscaba el aparato que hubiese cambiado el dolor en conocimiento —lo que los místicos han entrevisto, mal visto. Pero lo inverso era el comienzo de esta experiencia.

Dios no está lejos. Es lo que más próximo se encuentra.

En él el siquismo se encuentra al borde de la separación de los cambios internos y de los *valores*.

El pensamiento está igualmente separado (cuando él es ÉL) de sus similitudes y confusiones con el *Mundo* y, por otra parte, de los valores afectivos. Lo contempla en su azar puro.

O más bien él es el que es una reacción a tal espectáculo al cual necesariamente le hace falta Alguien.

La noción de las cosas exteriores es una restricción de las combinaciones.

La imaginación significativa es una trampa afectiva. ¿Cómo regresar de tan lejos?

Celoso de sus mejores ideas, de las que cree las mejores —a veces tan particulares, tan propias que la expresión en lengua vulgar y no íntima no les da exteriormente más que la idea más débil y más falsa. ¿Y quién sabe si las más importantes para el gobierno de un espíritu no le resultan tan singulares, tan estrictamente personales como un vestido o como un objeto adaptado al cuerpo? ¿Quién sabe si la verdadera «filosofía» de alguien es... comunicable?

—Celoso pues de sus claridades separadas— T. pensaba: ¿Qué es una idea a la que no se otorga el valor de un secreto de Estado o de un secreto del arte?... y de la que no se tiene el mismo pudor que con un pecado o un mal. —Oculta tu dios, oculta tu diablo.

En las representaciones se da a sí mismo un valor singular —ya sea comparsa en persona, o alma oculta.

Y, por tanto —¿cómo se elige un personaje para ser uno mismo?—, ¿cómo se forma ese centro?

¿Por qué en el teatro mental es usted: Usted? —; *Usted* y no *Yo*?.

Ya que este mecanismo no es el más general posible.

Si él lo fue,... no habría *yo absoluto*. ;

Pero no es ésta la búsqueda de M. Teste: apartarse del yo —del yo ordinario intentando constantemente disminuir, combatir, compensar la desigualdad, la anisotropía de la conciencia?

M. Teste entra y sorprende a todos los presentes por su «simplicidad».

El porte absoluto —el rostro y los actos de una *simplicidad* indefinible.

Etc...

—Él es quien piensa (por adiestramiento completo y hábito convertido en naturaleza) siempre y en todo momento según datos y definiciones estudiadas. Todas las cosas referidas a sí y en sí en rigor. Hombre de precisión —y de distinciones vivas.

En este hombre extraño el recuerdo más vivo y más puro no aparecía más que como una formación *actual* de su talento, y la sensación misma del *pasado* de tal imagen se acompañaba de esa noción de que *pasado* es un hecho del *presente* —una especie de... *color* de alguna imagen— o bien es una prontitud de respuesta precisa y exacta.

Hasta una edad bastante madura, M. Teste no dudaba lo más mínimo del mundo de la *singularidad* de su talento. Creía que todos eran como él. Pero se encontraba más idiota y más débil que la mayoría. Esta observación le condujo a reparar en sus debilidades, a veces sus éxitos. Notó que bastante a menudo era más fuerte que los más fuertes y más débil que los más débiles; observación muy grave que puede conducir a una política de abusos y de concesiones extrañamente distribuidas.

Recuerdo a M. Teste —Diario del amigo de Teste.

Una de las manías de Teste, no la menos quimérica, fue querer conservar el arte —*Ars*— exterminando completamente las ilusiones de artista y de autor. No podía sufrir las pretensiones estúpidas de los poetas —ni las groserías de los novelistas. Pretendía que ideas puras de lo que se hace condujeran a desarrollos mucho más sorprendentes y universales que las bromas sobre la inspiración, la *vida* de los personajes, etc... Si Bach hubiese creído que las esferas le dictaban su música, no hubiera tenido la potencia de limpidez y la soberanía de combinaciones transparentes que obtiene. El staccato.

(Noviembre 34)

ALGUNOS PENSAMIENTOS DE MONSIEUR TESTE

Es necesario entrar en sí mismo armado hasta los dientes.

Hacer en uno mismo la ronda del «propietario». *Estado de un ser que ha acabado con las palabras abstractas —que ha roto con ellas.*

Crear una especie de angustia para resolverla.

—La partida jugada consigo mismo.

La acción sobre los otros jamás olvidadiza de su mecánica —de las cantidades, intensidades, potenciales— y las aborda no solamente como *sí mismas*, sino como máquinas, animales —de ahí un *arte*.

«Una de mis observaciones más antiguas y que tengo la debilidad de preferir, es que los hombres se parecen más cuanto más se les observa en un tiempo más corto, hasta el punto de que no se distinguen *en el instante*, y ésta es otra observación no menos querida de mi mente, que la misma similitud creciente hasta la identidad es el resultado de la intensidad de sus emociones.»

(Cf. M. Teste). *Es natural* buscar si esos dos aspectos-límites de la identificación (neuropsíquica) se encadenarían.

La urgencia basta, por otra parte —la sorpresa, etc... Por lo tanto, existen condiciones en los límites.

—El fondo del pensamiento está lleno de encrucijadas.

—Soy lo instable.

—La mente es la posibilidad máxima —y el máximo de capacidad de incoherencia.

—El YO es la respuesta instantánea a cada incoherencia parcial —que es *excitante*.

Sólo quiero pedir al mundo visible fuerzas —no formas, sino de qué hacer formas.

—Nada de historia. —Nada de Decorados—, sino el sentimiento de la materia misma, roca, aire, aguas, materia vegetal —y sus virtudes elementales.

Y los actos y las fases⁵⁷ —no los individuos y su memoria.

Lo primero es recorrer su dominio. Después se coloca un cerco, pues por muy limitado que esté por otras circunstancias exteriores, se quiere estar a favor de algo en esa limitación que no se ha querido. El hombre se obstina en ser lo que no ha querido.

Se le otorga una prisión de la que dice: Me encierro. No se puede salir de ella como tampoco sale de la celda quien ha contado hasta las piedras —del mismo modo que las frases que pueden escribirse en los muros no hacen caer los muros.

(57) Elizondo vuelve a errar leyendo *phrases* (pág. 147) donde nítidamente dice *phases* (Valéry, pág. 127).

Nadie tuvo la idea de *explicar el movimiento* por consideraciones de *color*, mientras que lo contrario es o fue intentado. Hay, por consiguiente, desigualdad. Quizá es que somos fuentes de movimientos y no de colores —y este poder es la condición de la explicación.

Digo: fuentes. Pero como nosotros lo somos de dolor o de voluptuosidad. Sentimos «venir de *nosotros*»... (no sé cómo decirlo) modificaciones —valores— grandeza, «sensaciones» —«aceleraciones» que son a la vez lo más *nuestras* y lo más extrañas, nuestras maestras, nuestros *nosotros* del momento y del *momento venidero*.

Cómo describir este fondo tan variable y sin referencia —que mantiene las más importantes relaciones, pero las más instables, con «el pensamiento». La música sola es capaz de ello. Especie de que domina esos fenómenos de la conciencia —imágenes, ideas, las cuales sin él no serían más que *combinaciones*, formación simétrica de todas las combinaciones.

Cf. M. Teste —oposición épica de esta *objetividad* combinatoria y del campo en cuestión.

El talento no debe ocuparse de las personas; *De personis non curandum*.

Lo que verdaderamente importa a alguien —entiendo por ese alguien quien es esencialmente único y solo —es precisamente aquello que le hace sentir que está solo.

Es lo que se le aparece cuando está *verdaderamente solo* (incluso estando materialmente con otros.)

Considerar sus⁵⁸ emociones como idioteces, debilidades, inutilidades, imbecilidades, imperfecciones —como el mal de mar y el vértigo a las alturas, que son humillantes.

...Algo en nosotros, o en mí, se rebela contra el poder de inventiva del alma sobre la mente.

...A veces, es ALGUIEN enteramente extraño al cuerpo y a la sensibilidad, a los intereses de SÍ, quien toma la palabra.

Ve y califica fríamente la vida, la muerte, el peligro, la pasión, todo lo humano del ser —como otro, un testigo todo inteligencia...

¿Es esto el alma?

No. Pues ésta se encuentra más allá de toda «afectividad». Es conocimiento puro, con una especie de singular desprecio y despego del resto —como un ojo vería lo que ve, y no le da ningún valor no cromático... —Éste contaría los botones del vestido del verdugo...

Desprecio lo que sé —lo que puedo. Lo que puedo es de la misma debilidad o fuerza que mi cuerpo. Mi «alma» comienza en el punto mismo en que ya no veo, donde ya no puedo más —donde mi mente se cierra ante sí misma el camino⁵⁹— y regresando de las más grandes profundidades, mira con piedad lo que señala la línea de la sonda, y lo que refiere a la NASA en la que encuentra las miserables víctimas asidas en el mediocre abismo... ¡Qué pena, qué felicidades por esta captura! ¿Y qué es lo más ridículo: Atormentarse o saltar de alegría ante lo que se responde?

(58) Elizondo dice «nuestras» (pág. 149), cuando es claramente «suyas» (Valéry, pág. 129: *ses*).

(59) Aquí traduce por «al cambio» (?) (pág. 151). Valéry, pág. 130: ...*la route*.

La única esperanza del hombre es el descubrimiento de medios de acción que disminuyen su mal y acrecientan su bien, es decir, que directa o indirectamente otorgan a su sensibilidad el modo de actuar sobre ella misma, según ella misma.

He aquí un balance de lo que se ha hecho en este sentido. La sensibilidad es todo, soporta todo, evalúa todo.

Las «Ideas» son para mí medios de transformación y, por consiguiente, partes o momentos de algún cambio.

Una «idea» del hombre «es un medio de transformar una pregunta.»

Estás lleno de secretos que llamas Yo. Eres voz de tu desconocido.

No siento ninguna necesidad de los sentimientos de otro, y no encuentro placer en pedirlos prestados. Los míos me bastan. En cuanto a las aventuras, pueden divertirme a condición de que no perciba que puedo modificarlas sin esfuerzo.

No tengo necesidad de nada. E incluso la palabra necesidad carece de sentido para mí. Pues haría algo. Me otorgaría un *fin*. Sin embargo, nada está fuera de mí. Haría incluso seres que me parecerían algo, y les daría ojos y razón. Les daría también una idea muy vaga de mi existencia, de tal manera que serían inducidos a

rechazármela por esa razón que les he conferido; y sus ojos estarán hechos de tal forma que vean una infinidad de cosas y no a mí mismo.

Hecho esto, les otorgaría por ley divinizarme, verme a pesar de sus ojos y definirme a pesar de su razón.

Y yo seré el precio de este enigma. Me haré conocer a los que descifren el acertijo universo y que desprecien suficientemente esos órganos y esos medios que he inventado para decidir contra su evidencia y contra su pensamiento claro.

No estoy vuelto del lado del mundo. Tengo el rostro hacia el MURO. Ni una nada de la superficie del muro que me sea desconocida.

«Para mí» —dijo— «los sentimientos más violentos se presentan con algo en ellos —un signo— que me dice despreciarlos. —Los *siento* simplemente venir de más allá de mi reino, una vez llorado, una vez reído.»

El dolor es debido a la resistencia de la conciencia a una disposición local del cuerpo. Un dolor que podríamos considerar netamente y como circunscrito se convertiría en sensación sin padecimiento —y quizás llegaríamos por ahí a conocer directamente algo de nuestro cuerpo profundo—, conocimiento del orden del que encontramos en la música. El dolor es cosa muy musical, puede casi hablarse de él en términos de música. Hay dolores graves y agudos, andante y furioso, notas prolongadas, calderones, y arpegios, progresiones —bruscos silencios, etc...

—«Bien» (dijo M. Teste). «Lo esencial está contra la vida.»

Libertad-Generalidad.

Todo lo que hago y pienso no es más que Espécimen de mi posible.

El hombre es más general que su vida y sus actos. Está como *previsto* para más eventualidades de las que pueda conocer.

M. Teste dijo: «Mi posible jamás me abandona.»

—Y el Demonio le dijo: Dame una prueba. Muestra que *todavía* eres el que has creído ser.

FIN DE MONSIEUR TESTE

Se trata de pasar de cero a cero. Así es la vida. De lo inconsciente e insensible a lo inconsciente e insensible.

El paso imposible a ver, ya que pasa del ver al no ver después de haber pasado del no ver al ver.

El ver no es el ser, el ver implica el ser. No exactamente el ser, el ver. Se puede ser sin ver, lo que significa que el ver tiene fisuras. Uno advierte fisuras por las modificaciones sobrevenidas... que son reveladas por un ver que se llama memoria. La diferencia entre el ver «actual» y el ver «recuerdo», si es discontinua y si el ver actual no la contiene, se atribuye a un «tiempo» intermedio. A esta hipótesis jamás se le ha encontrado error.

La mirada extraña sobre las cosas, esa mirada de un hombre que no *reconoce*, que se encuentra fuera de este mundo, ojo frontera entre el ser y el no ser, pertenece al *pensador*. Es también una mirada de agónico, de hombre que pierde el reconocimiento. En qué el pensador es un agónico o un Lázaro, facultativo. No tan facultativo.

M. Teste me dijo:

—«Adiós. En seguida va... a terminar... una cierta manera de ver. Tal vez bruscamente y ahora. Quizá esta noche con una degradación que poco a poco se ignorará a sí misma... Sin embargo, he trabajado toda mi vida en este minuto.»

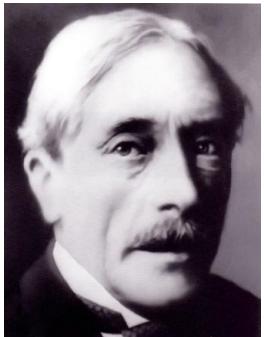
«En seguida, quizá, antes de acabar, obtendré ese instante importante —y acaso me detendré completamente en una ojeada terrible. No es posible.»

«Los silogismos alterados por la agonía, el dolor bañando mil imágenes gozosas, el miedo junto a bellos momentos pasados.»

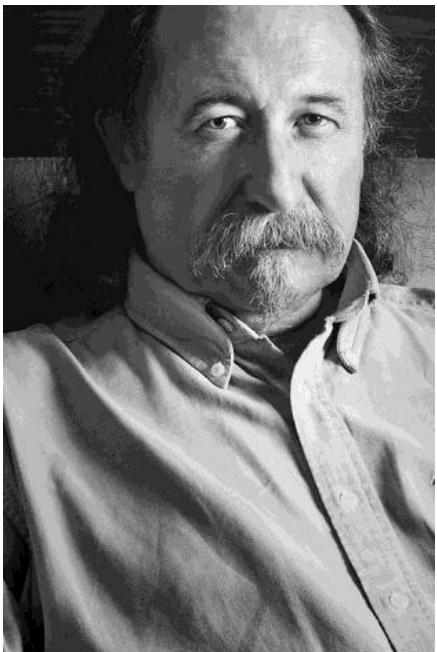
«Qué tentación la muerte, sin embargo.»

Una cosa inimaginable y que penetra en la mente bajo formas de deseo o de horror, alternativamente...

Fin intelectual. Marcha fúnebre del pensamiento.



Paul Valéry realizó en Montpellier sus primeros estudios, trasladándose luego a París. También residió en Londres durante casi dos años (1894-1896) y, de nuevo en Francia, ingresó en el Ministerio del Ejército, donde permaneció hasta 1899. Tras un doloroso fracaso sentimental, abandonó la escritura para dedicarse al estudio de la física y de las matemáticas, cuya disciplina metodológica influirá no poco en el talante ensayístico de sus escritos. En la editorial Gallimard, y gracias al entusiástico empeño de André Gide, publica sus tardíos primeros poemas (1912). Durante su permanencia en Londres, aparece su *Introduction à la méthode de Léonard de Vinci* y concluye *La soirée avec Monsieur Teste*. Sus ensayos (*Regard sur le monde actuel*, *Pièces sur l'Art*, *L'Idée fixe*, *Variétés...*) son un testimonio intelectual de primer orden dentro de la literatura europea del siglo XX, de cuyo carácter genérico Valéry nunca se desvinculó ni en sus obras dramáticas (*Mon Faust*, *Semíramis*) ni poéticas (*La jeune Parque*, *Le cimetière marin*, *Charmes...*) *Monsieur Teste*, compendio de breves ensayos que Valéry elaboró a lo largo de treinta y cinco años, constituye en su conjunto un todo literario en el que destacan, sobre todo, la polifonía y el polimorfismo y en cuyo pretendido objetivo de conformar una definición del pensamiento no sujeto a causa moral alguna (original, único, prístino; esto es: hipérbole de la consecución utópica) vierte Valéry todos sus esfuerzos para, a la postre, poner de manifiesto, antes que nada, el extraordinario dinamismo de sus ideas.



Manuel Martínez Forega (Molina de Aragón –Guadalajara-, 1952), cursó estudios de Derecho (sin concluir) y es Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza, ciudad en la que reside desde 1958. Poeta, ensayista y traductor, ha publicado una treintena de títulos de esas disciplinas, entre los que destacan *Un infierno de salvac(c)ión* (1982), *Cuerpo de la edad* (1985), *He roto el mar* (1987 y 1993), *Berna* (1996), *333 días* (2006), *Ademenos* (2008) y *Labios* (2013). Sus ensayos literarios están recogidos en los tres volúmenes de *El viaje exterior. Ensayos censores* (2004 y 2005). Sus reseñas de crítica de arte en *Sobre arte escritos, sobre artistas* (2001).

© Lara Albuixech (2011)

Ha traducido a André Pieyre de Mandiargues, a Molière, a los poetas checos František Halas, Vladimír Holan y Josef Kostohryz; a François Villon, al poeta gallego Xulio L. Valcárcel y al musicólogo francés Ariel Kyrou. Su obra poética se ha traducido al checo, ruso, búlgaro, alemán e italiano, en tanto que el relato breve *La trucha* (1998, 2000, 2001, 2003 y 2007) y el cuento *Partisano* (1992) refieren su aplicación narrativa. © Lara Albuixech (2011) Su nombre está también indisolublemente unido a la edición de poesía, pues no en vano fue el fundador en 1985 de la colección «La Gruta de las Palabras» de Prensas Universitarias de Zaragoza y, en 1984, del ciclo «Poesía en el Campus» de la misma universidad. Dirige las colecciones «Cancana» y «Libros de Berna» en la independiente y *underground* Lola Editorial. Está incluido en algunas antologías de poesía española.

<http://biblioforega.blogspot.com>

MI EDICIÓN

Paul Valéry (Sète, 30-X-1871-París, 20-VII-1945) advierte en el «Prefacio» que Monsieur Teste «debe presentar, a quien desee traducirlo a una lengua extranjera, dificultades casi insalvables.» Y no carecía de cierta razón, pues la semántica del texto suscita serios inconvenientes al tomar Valéry los significantes tanto en su significado usual como en el arcaico o en el puramente etimológico. Ante esta propuesta, me he decidido finalmente, en su caso, por recurrir antes a la literalidad de la traslación que a su literariedad. El premeditado caos sintáctico, el uso personalísimo de los recursos prosódicos, la recurrencia sistemática a imágenes y metáforas prolongadas... hacen de Monsieur Teste un ensayo muy próximo a los arquetipos krausistas, en tanto que adhiere un interés informativo fundamental acerca de cuáles son las claves estilísticas de su autor tanto como en torno a cuál es «la forme la plus compréhensive q'un certain individu puisse donner à l'ensemble de ses expériences internes ou autres»; y esta forma es —comienza Valéry su cita— la «Philosophie».

Las dificultades traslatorias que deduce el de Sète no han impedido, sin embargo, que en 1980 apareciera la primera edición en español traducida por Salvador Elizondo (Madrid, Montesinos) y que, en 1986, viera la luz una segunda edición. Al catalán se ha vertido (Barcelona, Columna, 1994) una también segunda edición, en versión magnífica de Àlex Susanna con prólogo afinadísimo de Jordi Llovet, que añade el conjunto de borradores y notas que Valéry había reunido con intención (que su muerte frustró) de incorporarlos (no todos) a una nueva edición.

Índice

Introducción	5
Prefacio	16
Velada con Monsieur Teste	21
Carta de Émilie Teste	35
Resúmenes del Log-Book de Monsieur Teste	48
Carta de un amigo	60
Un paseo con Monsieur Teste	73
Diálogo o nuevo fragmento relativo a Monsieur Teste	77
Para un retrato de Monsieur Teste	83
Algunos pensamientos de Monsieur Teste	90
Fin de Monsieur Teste	98



BIBLIOTECA VIRTUAL ACEB

<http://www.bibliotecavirtualaceb.org/>